

BALBOA. La fantástica historia de un hidalgo español, de Feliciano Correa. Estudio y análisis

JUAN JOSÉ ESTEPA GARCÍA

Militar, historiador e ingeniero t. de minas

juanestepa@gmail.com

RESUMEN

*A través del estudio y análisis de la obra de Feliciano Correa Gamero, Balboa. La fantástica historia de un hidalgo español, hemos pretendido ahondar en un hecho trascendental de la historia de la humanidad, el descubrimiento y conquista del Océano Pacífico por el extremeño y jerezano Vasco Núñez de Balboa; y poner de relieve la importancia y el alcance nacional e internacional de la mencionada obra y de su autor. Los hechos descritos en el libro **Balboa** nos dan motivos para vanagloriarnos de esta tierra, la cuna de grandes héroes, casi mitológicos, de la conquista de América. La Extremadura que junto a la espada también dio pensadores y hombres de pluma que fueron luz del liberalismo español.*

PALABRAS CLAVE: Vasco Núñez de Balboa, Feliciano Correa, descubrimiento del océano.

ABSTRACT

*An outstanding service done by a citizen of Jerez (Extremadura), the amazing discovery and conquest of the Pacific Ocean, is studied and analyzed by Dr. Feliciano Correa Gamero in his book **Balboa**. La fantástica historia de un hidalgo español. This work highlights the importance of a book that transcends the national interest. The facts described in this book suffice to feel proud of the region of Extremadura where a number of heroic conquerors were born. This region did not produced just swords, but great thinkers and writers that illuminated the liberalism in Spain.*

KEYWORDS: Vasco Núñez de Balboa, Feliciano Correa, Discovery of the Pacific Ocean.

Inicio este estudio con una imprescindible referencia al autor. Feliciano Correa Gamero nació en el año 1941 en Jerez de los Caballeros (Badajoz), la importante sede de los Templarios, la de los caballeros de Santiago, esa legendaria y épica población que fue cuna de hombres que escribieron páginas de gloria en la historia de España. Allí vivió Correa durante 17 años esenciales en la configuración de su personalidad, impregnado de la historia de una ciudad donde sus monumentales iglesias, sus murallas y sus torres, son testimonios que hablan del pasado de ese *Jerez cerca de Badajoz*. Feliciano Correa quedó lleno de esa luminosidad caballeresca que fue determinante en su futura trayectoria como escritor e historiador. Esa etapa jerezana quedó tan dentro de él que nos llega a decir *sin esas referencias no me hallo*.

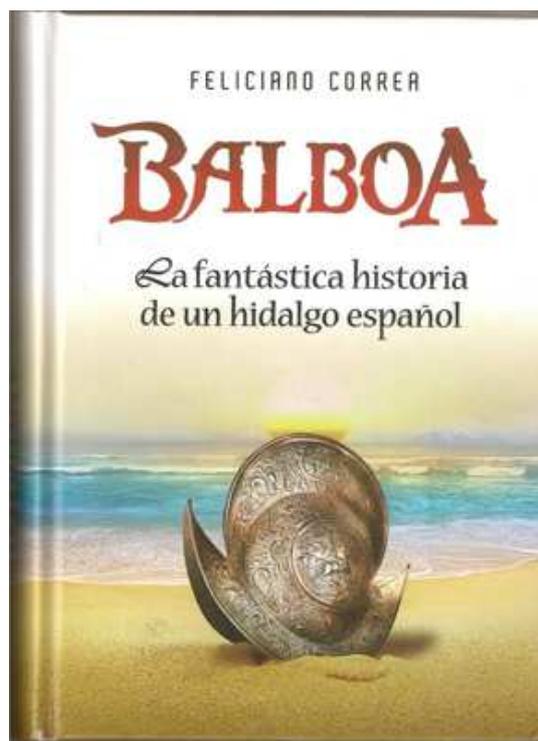
Doctor en historia y académico, fundó y dirigió las revistas *Proa*, *Norma*, *Búho* y *Vitela*, y las colecciones *Ermitas y conventos en Jerez de los Caballeros y su entorno*. Así como *Libretillas Jerezanas*, que tuvo títulos significativos como *Dos décadas prodigiosas 1979-2002*. Además, es autor de *Territorio Templario*; *La Minuta de Núñez Barrero: Un cura contestatario del siglo XVIII*; *La columna invertida*; *Amar*; *Apuntalando la memoria. La mayor catástrofe acaecida en Extremadura en tiempos de paz*; *Ideario para un humanismo en el siglo XXI*; *El enigma de la Mancha*; *El valor ya no se le supone*; *La crisis del modelo conocido*, entre otras obras. Le han sido otorgados premios nacionales de periodismo y ensayo. Preside asociaciones culturales y asistenciales; y, asimismo, lo es de los cronistas oficiales de Extremadura.

Los que nos hemos sumergido tantas veces en el mar de los legajos centenarios, buscando la verdad del pasado, sabemos la dificultad que supone desvelar lo oculto. Por ello, cuando se logra, sentimos un gran contento y admiración por este tipo de estudios de investigación en un tema tan principal para Extremadura como lo es el de este libro, *BALBOA. La fantástica historia de un hidalgo Español*; pero no quisiera que este fervor a la investigación bien realizada pudiera dar paso a un encomio que turbe la discreción y ecuanimidad expositiva.

Para hablar de esta obra creo que es apropiado situarnos en el escenario de los actos conmemorativos del V centenario del descubrimiento del océano Pacífico por el jerezano Vasco Núñez de Balboa (1513). Actos que arrancan en el año 2012, con el decreto del Presidente de Extremadura, para articular orgánicamente la participación en estos eventos del V centenario, y continúan con el acto institucional de septiembre del año 2012 que describe el doctor Correa en su libro, y en el que, junto a las autoridades regionales y locales, participa el representante de la embajada de Panamá y el secretario general del

Instituto Cervantes. Un acto que se celebró en Jerez, junto a la estatua del descubridor.

Fueron en muchos lugares de la geografía española, y de otros fuera de España, donde se programaron conmemoraciones de exaltación de esa efeméride, apoyadas con la presencia de nutridas representaciones de diplomáticos, políticos y personalidades del mundo académico y de la cultura. Algunos de esos acontecimientos significativos (actos de inauguraciones de proyectos referidos a Balboa, visitas protocolarias, etc.) se recogen en el libro *Balboa*, porque quiso el autor recordarlos para que sean conocidos y no queden en el olvido. Y el autor admite que la inclusión detallada de estos actos pueden parecer “a simple vista” algo tedioso, pero cumple un servicio a la posteridad, y es obligación en todo buen cronista.



BALBOA. La fantástica historia de un hidalgo español.
Editado por Tecnigraf Editores

ACTO DE LA CASA DE AMÉRICA

Antes de introducirme en el libro, quiero resaltar la importancia de un acto al que tuve la suerte de asistir en la Casa de América de Madrid, el 18-11-2013, donde tuvo lugar una mesa redonda que protagonizaron don Feliciano Correa Gamero, académico y coordinador del acto; don Fernando Carrillo, embajador de la República de Colombia; don Roberto Eduardo Arango, embajador de la República de Panamá; don Cristóbal Colón, duque de Veragua, XX descendiente del descubridor de América y don Miguel de la Cuadra-Salcedo, reportero de TVE y director de la Ruta Quetzal y de otros programas de TVE.



Componentes de la Mesa Redonda celebrada en la Casa de América de Madrid el día 18-11-2013

En ese acto se presentó el libro *“Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur”*, editado en Madrid por el Círculo Científico, S.L., una edición internacional limitada con autenticación notarial. Allí, en la Casa de América, en una sala repleta de público, con el aforo completo, se escenificaba un encuentro y un enaltecimiento de la figura de Balboa, una sosegada aceptación

de la gesta española de la conquista y evangelización de América y una constatación de que hubo luces y sombras en toda la epopeya americana.

Junto a Feliciano Correa, fueron coautores de la mencionada obra: Cristóbal Colón, Carmen Mena (catedrática de la Universidad de Sevilla) y Miguel de la Cuadra. Pero sobre el doctor Correa había recaído el mayor peso de la obra que se presentaba. Y él habló con orgullo de Jerez, del *Jerez cerca de Badajoz* de finales del siglo XV, de la infancia y vida de Balboa en la ciudad que conformó su personalidad, ya que el transcurrir de la niñez y de la juventud es claramente condicionante en la vida de un hombre.

Esa etapa Jerezana, donde Balboa pasó más de la mitad de su vida, 25 años, forjó al hombre cuya hazaña hoy nos asombra. Por eso el texto inédito sobre los 25 primeros años de la vida de Balboa -que Feliciano plasmó en su obra- tenía una importancia y un peso especial porque hasta ahora nunca se había hablado con tal precisión de ello. Y acompañó su intervención con imágenes antiguas referidas a los lugares que pisó el inmortal Vasco Núñez. Después, fueron interviniendo todos los componentes de la mesa redonda y, el duque de Veragua, descendiente directo de Cristóbal Colón, dijo sobre libro que, hasta ahora, era lo más importante que se había escrito con motivo del V Centenario del descubrimiento del Pacífico. Los discursos, y muestras de exaltación del hecho histórico, pronunciados por los embajadores de Perú y Panamá en sus distintas intervenciones, subrayaban la existencia de un puente tendido entre el Viejo y el Nuevo Continente, con los estribos situados en España y en América (Panamá), e indicaban que los recelos históricos se habían reducido hasta el extremo de que la hazaña del Pacífico, protagonizada por el extremeño Balboa, era historia compartida en ambas partes del Atlántico, porque también Panamá se sentía igualmente legatario y copartícipe de aquellos hechos y cultivaba un especial respeto y reconocimiento a la figura de Balboa

Aquel acto fue motivo de atención informativa en diversos medios de comunicación de tirada nacional. Esta obra, en muy pocos meses alcanzó tal grado de reconocimiento que el presidente del Gobierno de España (en su visita a Estados Unidos, en enero de 2014) entregó al presidente Obama el libro “Vasco Núñez de Balboa” como un regalo lleno de sentido e intención.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “BALBOA”

Como culminación de todas esas efemérides, con el apoyo de las más altas instituciones oficiales de Extremadura, Asamblea, Junta y Diputaciones,

así como la fundación Caja de Badajoz, sale a la luz el libro **“Balboa. La fantástica historia de un hidalgo español”**, una obra que contempla en su integridad el hecho del descubrimiento del Pacífico. Una compleja investigación de Correa, trabajada durante muchos años, cuya presentación fue avalada con la presencia de autoridades regionales.

El acto de presentación tuvo lugar el 28 de abril de 2014, en el “Edificio Siglo XXI” de Badajoz. La convocatoria la realizó el Parlamento de Extremadura, que por boca de su Presidencia señaló que la obra merecía el respaldo de la Asamblea por su aportación a la historia extremeña, española y universal, pues avanzaba más sobre la trayectoria y vida de uno de nuestros ilustres conquistadores y descubridores del siglo XVI; expresó sobre Balboa *“salió de estas tierras y tuvo un periplo de circunstancias tan variadas en los trances que pasó, que supera en algunas estampas al imaginario más arriesgado, pareciendo que leemos un trabajo literario fruto de la invención y no sustancia de un hecho histórico”*. Y habló el autor, quien destacó las partes inéditas del libro y las más importantes de su investigación.



Acto de presentación del libro *Balboa. La fantástica Historia de un Hidalgo Español*.
Edificio siglo XXI, Badajoz.

A MODO DE INTRODUCCIÓN A LA OBRA

Este libro está escrito con la habilidad y la belleza expresiva propia de Correa que lo convierte en una buena obra literaria que armoniza lo riguroso de la investigación con la brillantez expositiva, y consigue crear en el lector un interés por conocer los hechos históricos que van sucediéndose a lo largo del texto. También es de destacar el trabajo bien cuidado de la empresa editora, tanto por la magnífica maquetación de este libro (507 páginas), claridad de su texto y calidad en su material.

Por otra parte, entiende el autor que la Historia se ha alejado de los planes de estudio y, además, a los alumnos en las escuelas se les exige poca memorización, lo que conlleva el rápido olvido de los pocos hechos aprendidos, por eso se esfuerza en que la obra tenga también matiz pedagógico.

Correa realiza un enorme esfuerzo de investigación ante la notable escasez documental, y busca el dato oculto como si se tratara de una aguja perdida en un pajar, y descubre las cortinas del tiempo para ofrecernos esa parte desconocida del personaje - admitiendo que siguen existiendo lagunas no desentrañadas- procurando hacerse parte de él y situándose en su época. Y, con las apoyaturas documentales, busca la verdad, e interpreta esos documentos tratando de desvelar lo que ellos dicen y también lo que en ellos se encierra pero que no está escrito. Y todas esas piezas o hechos históricos, fruto de la investigación, del estudio e interpretación, las hilvana y las enlaza perfectamente dándole al texto continuidad sucesoria a la vez que se distinguen sus diferentes partes.

El autor se acomoda en la época y en los conceptos que hervían en aquella sociedad a comienzos del Renacimiento, para llegar a lo más profundo, a las entrañas de aquellos hombres, buscando el ideal o los motivos que les impelían a afrontar aquellos riesgos, a superar el temor a *la mar tenebrosa*, y nos dice “*el hecho de embarcarse conllevaba la certeza de meterse en la mugre de naves hacinadas con aspirantes a una vida mejor*”. Y Correa se entrega al libro, sin complejos, para destacar la importancia de la figura de Balboa, y nos dice que su memoria -casi perdida en el olvido- comienza a despertar interés en el siglo XIX con la obra de Manuel José Quintana (1772-1857) *Vida de Españoles Célebres* (1807), donde se ocupa de Balboa, y arranca la mitificación de lo que ya en el siglo XX el Conde de Canilleros consagró al calificar a Extremadura como “*La tierra donde nacían los Dioses*”. Y también se revuelve contra las manipulaciones históricas que durante estos últimos años han tratado de tergiversar la historia a través de una campaña en contra del hecho más meritorio con el que pudo soñar alguna nación.

Pero, al mismo tiempo, también denuncia sin benevolencia los abusos y atropellos que se cometieron. Y a lo largo del texto nos va llevando por un camino que nos muestra que, los conquistadores en general, y Balboa en particular, fueron legalistas y basaron sus esquemas legales en las ordenanzas municipales, sostén de las libertades castellanas, y nos describe el procedimiento de legalización de las distintas fundaciones: la tendencia a vincularse directamente a la autoridad real, en cuanto se acometía una empresa conquistadora, se iniciaba con el correspondiente nombramiento de una gobernación ciudadana. Bien nos muestra esto el autor en su relato de los acontecimientos para la gobernación de la ciudad recién fundada por los españoles en el año 1510, *Santa María de la Antigua*, en el golfo de Urabá, cerca del Darién, cuando Balboa es elegido para la gobernación de la ciudad por la confianza de los hombres que allí se encontraban, en contra de las pretensiones de Fernández de Enciso que era apoyado por el Gobernador Alonso de Ojeda. La falta de competencias jurisdiccionales de Ojeda -en la zona donde se ubicaba la ciudad- era conocida por aquellos hombres, y pudieron colocar a Balboa al frente del nuevo enclave, rechazando el deseo de Ojeda. En otro caso, fue la falta de competencias jurisdiccionales del gobernador Nicuesa, en Urabá, lo que supuso que aquellos hombres no se sometiesen a su autoridad.

El texto nos hace ver que, desde el primer momento de la Conquista, hubo, en lo relacionado con América, legalismo, aquí y allá. En España, abriendo la polémica -el Requerimiento fue el primer paso de la misma- sobre la licitud o ilicitud de la conquista, cuestión que aclaró Francisco de Vitoria desde su cátedra salmantina, allanando el camino para la redacción de las ejemplares Leyes de Indias.

Y nos promueve serias reflexiones entre lo que se ha venido a llamar la ética de la Conquista y la moral de los conquistadores, entre los principios proclamados como buenos y los procedimientos que, de modo pragmático, cada conquistador consideró eficaces para el logro de sus objetivos. Nuestro Balboa siempre dio prioridad a las buenas relaciones con los nativos, esa fue tal vez su característica más destacada. Y también insiste en que en el fenómeno histórico de la Conquista de América se revelan tanto la grandeza de los ideales -la fundación de nuevos reinos para la Corona de España en el marco de un ideal cristiano- como la servidumbre de los comportamientos.

LA ÉPOCA EN LA QUE NACE BALBOA

Siguiendo el orden expositivo que nos marca la secuencia del texto, el autor comienza contextualizando los hechos -en un afán pedagógico- complementando la realidad junto a los sucesos. Y arranca desarrollando la monarquía española de Fernando e Isabel, aquel reinado tan hispánico y trascendental de la historia de España. Y, dentro de ello, analiza la empresa marinera colombina que dio entrada a la época de los descubrimientos. E interpreta las ventajas y desventajas de aquella hazaña que buscaba un nuevo camino para traer a Europa los productos orientales, sin dejar de lado la mentalidad religiosa tan condicionante de los monarcas españoles. Y en ese propósito de conquista doctrinal, lo que él llama “el entendimiento conveniente entre el altar y la Corona”, nos recuerda que los Reyes Católicos consiguieron que el Papa Borgia emitiera “las bulas alejandrinas”, ese conjunto de documentos pontificios que otorgaron a los reyes de Castilla y León el derecho a conquistar América y la obligación de evangelizarla, y determinaban lo que serían territorios de la Corona de Castilla, lo que supuso una sanción moral con repercusión y efectos en la legalidad internacional para la Conquista y Evangelización de América.

EL ENTORNO MÁS CERCANO DE BALBOA

Balboa nace en el año 1475 en Jerez, una villa que en tiempos pretéritos fue el más importante bastión templario, y posteriormente santiaguista. Mediante un recorrido histórico, el autor describe el desarrollo de la vetusta ciudad; nos habla de sus piedras que atestiguan tiempos muy remotos, de su recinto amurallado atravesado por cinco puertas, de su urbanismo, su alcazaba, sus monumentales iglesias, etc. También nos habla de los recursos y pujanza agro-ganadera y forestal, de la economía jerezana, un modo de vida que influyó en Balboa para el diseño y administración de nuevas haciendas en sus comienzos americanos. Y el autor describe el entorno familiar de Balboa, su dimensión humana, su vida en aquellos años en el Jerez de finales del siglo XV, un espacio donde se respiraba heroísmo por la estampa de una nobleza que exhibía sus escudos tallados en la piedra de sus fachadas, un Jerez que animaba a la aventura y al protagonismo para alcanzar renombre, un ambiente que contagiará a Balboa y guiará y explica su conducta en las nuevas tierras.

Analiza cómo pudo influir aquel tiempo que pasó en Jerez, su parentela, su aprendizaje para el acontecimiento descubridor que más tarde protagonizó. Y continúa el autor adentrándose ya en el interior de las casas solariegas que por aquella época existían en Jerez, casas como la de los Portocarrero, Vega, Silva, Vargas, Figueroa, Porres, Pacheco, Maraver, y otras. Y nos cuenta que

Balboa tuvo la suerte de que le acogieran en una de esas casas solariegas, un hecho determinante tanto en su formación como en su proceder. El autor tuvo que adentrarse en el alma del Jerez de entonces, nos muestra su esplendor, su gobierno y la capacidad de movilizar a sus habitantes para que se aprestaran a la defensa en caso de ataque, o para conseguir contingentes de soldados para guerrear en ayuda de sus reyes.

Correa repasa la sociedad española de la época de Vasco Núñez de Balboa, y otea intelectualmente y configura ese momento apasionante del Renacimiento y en las consecuencias que dejaría en el joven Balboa aquella explosión de creación artística y de inquietud por conocer.

Todas esas exposiciones nos sumergen en la sociedad del Jerez de aquella época para descubrir al Balboa oculto, para esclarecer mejor la figura humana de tan singular personaje, mostrárnoslo más cercano, y nos brinda referencias no solo inéditas, sino hasta ahora absolutamente desconocidas en relación con Jerez de los Caballeros. Y consigue que se entienda más a Balboa presentándonos la cronología existencial del personaje para contemplarlo en su biografía entera, hasta ahora desconocida por los escritores que se han ocupado del personaje.

Nos dice el autor que no existe en los archivos eclesiásticos jerezanos ninguna referencia a Balboa, puesto que dichos archivos no existían por entonces, aunque se sabía que tenía un hermano llamado Gonzalo. Correa nos descubre una anotación, del año 1517, del Concejo de Jerez, realizada por Gonzalo Núñez de Balboa (hermano de Vasco) como escribano de dicho Concejo, un documento jerezano de valor histórico del que la mayor parte de los historiadores desconocían. Y también Correa nos habla de los familiares del Descubridor, de su padre Álvaro Núñez de Balboa, y de sus tres hermanos, Gonzalo, Juan y Alvar. Gonzalo fue escribano, una profesión bien situada en el escalón social y a la que se accedía por nombramiento Real. Y una vez decapitado su hermano Vasco, por la perfidia y animadversión de Pedrarias, Gonzalo llevó los asuntos y reclamaciones de las naborías que había poseído su hermano y, en busca de todo ello, obtuvo el permiso para pasar a América junto con sus hermanos, buscando, posiblemente, rentabilizar el sacrificio de su hermano Vasco y conocer “in situ” todo lo referente a la ejecución. Aquel fue un desastroso viaje en el que terminaron perdiendo la vida, Juan y Alvar, a manos de los nativos. También, el autor nos habla del tío abuelo de Vasco Núñez, Vicente Arias de Balboa, distinguido sabio y obispo de Palencia.

Otro aporte de gran valor histórico fue la localización de la casa donde vivieron los Balboa. El doctor Correa estudia esa casa para ver si su morfología

y arquitectura vernácula se compagina bien con las características de la que pudo ser, según la tradición centenaria cita, *La Casa de Vasco Núñez*. Situada en la calle de la Oliva, cuando la Orden de Santiago era la poseedora del poder económico y del regimiento de la villa, en esa casa nació Balboa en el ya mencionado año 1475. Y nos dice que la vivienda de Balboa se encontraba junto a la parroquia de San Bartolomé, y junto a otras casas señoriales donde habitaban familias poderosas -que también el autor las estudia y las describe, como la familia Portocarrero, Silva o los Maraver- que influyeron en la formación del joven como escudero y como gran esgrimidor como le correspondía a su nivel social de hidalguía.

En el año 1993, tras su paso como Delegado Provincial del Ministerio de Cultura, Correa entra en contacto con los dueños de la casa, y redacta un documento de compra de la casa de Balboa. Tras esa gestión, complicada y laboriosa, logra recuperar el edificio para el patrimonio jerezano y su posterior transformación en museo, y esa casa se ha convertido en el vestigio visitable de la existencia jerezana de Balboa y un atractivo de curiosidad turística.

Feliciano Correa también interviene como gestor de primera línea, como persona vinculada al mundo de la cultura y como asesor del párroco Don Ramón Vázquez Zambrano, en una investigación arqueológica fortuita: el descubrimiento de la pila bautismal de Balboa, enterrada durante siglos en el patio de la parroquia, durante las obras de restauración del Templo de San Bartolomé, años 1969-1972. Nos cuenta Correa que la pila se encontraba soterrada en el patio colindante de la sacristía de dicha parroquia desde la primera mitad del siglo XVIII, cuando fue sustituida por la actual, según documentos parroquiales. El autor, describe el proceso de recuperación y de acondicionamiento de un lugar adecuado para su colocación y exhibición.

Y, como si de una brillante acta notarial se tratara, plasma la importante visita que una comisión del Gobierno de Panamá realizó a Jerez en el año 2011, encabezada por la ministra de cultura, doña María Eugenia Herrera de Victoria. En esa vista, el cronista de Jerez, doctor Correa, pronunció una conferencia titulada “El proyecto Balboa 2013. Filosofía y líneas maestras para esta conmemoración”, y propuso a la citada comisión la conveniencia de que, como gesto de buena voluntad, el Gobierno panameño financiara las obras de acondicionamiento del lugar donde se instalaría la Pila. Propuesta que se concretó en el año 2012 durante la visita que Correa realizó a Panamá para pronunciar la conferencia “La España del s. XVI. La empresa marinera en la época de los descubrimientos”. En un acto en la capital panameña, se firmó una *Carta de Intenciones*, rubricada por el embajador de España en Panamá y la Primera Dama de la

República y a su vez Presidenta de la Comisión Nacional para la celebración del V Centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Sobre la generosidad de Panamá en las obras de acondicionamiento del espacio que albergará la pila bautismal de Balboa, y sobre el interés y compromiso de esa Nación con los actos del V centenario, el autor deja constancia en su libro. Así como de la elaboración de una réplica exacta de la pila bautismal, con material granítico, tallada en Quintana de la Serena, en una nueva acción que dirige Correa para el Museo de Arte Colonial Religioso de Panamá. En enero de 2013 se bendijo la réplica de la Pila donde se bautizó Balboa, y se abrió el espacio remozado en el patio de San Bartolomé para albergar la pila original. Correa, como conductor de ese acto institucional, describe en el libro todos los detalles del brillante acontecimiento, donde además de la inauguración del nuevo espacio -y centro de interpretación- que albergará la pila original, se hizo entrega de la réplica de dicha pila bautismal al embajador de Panamá, mediante un acta que firmaron el presidente del gobierno de Extremadura, el embajador de Panamá, la alcaldesa de la ciudad de Jerez, la Gobernadora de la provincia de Panamá y el párroco de San Bartolomé.

Quisiera resaltar el meritorio entramado de iniciativas y acciones que Correa tuvo que llevar a cabo para que recalaran en buen puerto todos estos proyectos, en ese afán de aportar a la historia un mayor conocimiento sobre Balboa y por cimentar aún más la base de la historia común de España y Panamá.

LOS AÑOS JEREZANOS DE BALBOA

Correa nos muestra los senderos recorridos para llegar al conocimiento de los años jerezanos de Balboa. Y el autor suple la falta de documentos fijando su atención investigadora en el interior de las poderosas familias con las que estuvo relacionado Vasco Núñez y con las que compartió vecindad en Jerez, entre otras: los Portocarrero, los Silva y los Maraver.

Busca la huella de Vasco Núñez siguiendo la estela de don Pedro Portocarrero “El Sordo” (al que Balboa sirvió como escudero) y estudia su genealogía mediante un amplio estudio que constituye una gran aportación a la historia de Jerez y una aproximación al Balboa jerezano.

Esa amplia investigación nos dice que don Pedro fue el VIII Señor de Moguer y Alcaide de Jerez, Señor de Villanueva del Fresno, alcalde mayor de Sevilla, comendador de Segura de la Sierra, del Consejo de los Reyes Católicos, de los reyes don Felipe y doña Juana, entre otros títulos y dominios; un prohombre excelso de su tiempo, vinculado a Jerez y a otros lugares de España. Era hijo

de don Juan Pacheco - primer Marqués de Villena (que falleció en Trujillo) y de María Portocarrero, VI Señora de Moguer y Señora de Villanueva del Fresno. Don Pedro casó con doña Juana de Cárdenas, hija de Alonso de Cárdenas (un personaje que estuvo en las proximidades de los Reyes Católicos).

Relaciona a los Portocarrero con los Balboa por la vecindad y la feligresía compartida en la parroquia de San Bartolomé, unas circunstancias que propiciaban la amistad entre ellos. También nos dice que esa amistad posiblemente venía desde muy antiguo, desde la época de la Reconquista, y cree que ambas familias pudieron formar parte de las tropas de Alfonso IX para la reconquista de Jerez en el año 1230, aunque los orígenes de esas familias los sitúa en lugares muy distintos, pues a los Portocarrero les da origen lusitano y, en cambio, el origen más remoto de los Balboa lo sitúa en el Bierzo leones, en un pequeño pueblo llamado Balboa, que Correa visitó invitado a un acto con motivo del V centenario. De ahí surge el apellido como toponímico de ese lugar.

El autor nos muestra la dependencia jerárquica de Vasco Núñez con respecto a don Pedro, una dependencia que le lleva a participar junto a su Señor en la campaña de la reconquista de Málaga dentro de las expediciones que mandaba el maestre de la Orden de Santiago, suegro de don Pedro

Hemos de destacar que ha buceado, entre otros, en los archivos de la Casa de Medinaceli, en los del Monasterio de Santa Clara de Moguer, en el Archivo Diocesano de Huelva, y en la Chancillería de Granada, en su afán de encontrar datos sobre Balboa siguiendo a los Portocarrero. Y aunque no halló asuntos sobresalientes sobre el descubridor del Mar del Sur, sí los encontró sobre la vinculación intensa de Don Pedro “El Sordo” con Jerez y con Villanueva del Fresno y nos muestra diferentes estudios, entre ellos el del testamento de Don Pedro, un documento de valor para la historia de las dos poblaciones. De todo ello, el autor saca conclusiones interesantes para visualizar la influencia del linaje en la persona de Balboa como escuela de formación y entrenamiento para posteriormente alistarse en el proyecto de traspasar el Atlántico. Y nos muestra cómo era la ciudad natal del Descubridor. Todo esto es un tema de su dominio como cronista oficial de Jerez

También investiga la descendencia de Don Pedro a fin de mostrar mejor el poder de este linaje y subrayar la vinculación que sus descendientes tuvieron con la ciudad y el alto poder que conservaron.

Asimismo, investiga a otras familias poderosas de Jerez, y recorre la genealogía de los Vega, cuyo palacio se encontraba también en la vecindad de

la casa de los Balboa. Y nos dice que los Vega emparentaron con los Portocarrero y con los Pacheco y, que, por aquella época, don Diego de la Vega y Arce era el Alférez Mayor de Jerez.

También penetra en la poderosa familia Maraver, cercana en vecindad con la casa de Vasco Núñez y emparentada con los Silva, con los Portocarrero y con los Balboa, por casamiento de Gonzalo Núñez de Balboa, escribano del Concejo de la villa y hermano de Vasco, con Beatriz Maraver.

En estos estudios de investigación de las familias influyentes de Jerez, el autor no pudo conseguir documentos directos sobre Balboa, pero, años antes, había localizado en Jerez un pergamino de excepcional importancia para la historia jerezana de nuestro héroe, el único documento que hasta ahora se ha podido encontrar -en esa ciudad- referente a Vasco Núñez. Dicho documento muestra la existencia de una dotación económica para sufragios por el alma de Vasco Núñez de Balboa en el año 1629, trascurridos 110 años de su muerte. Esta aportación de Correa a la historia de la ciudad es de gran valor y esclarecedora del reconocimiento que aún se tributaba al héroe en su villa. Con ese documento, nos muestra la profunda implantación en Jerez de los Vázquez-Rubio, promotores del sufragio y descendientes de la rama materna de Balboa. Su lectura testimonia la desahogada posición económica que aún conservaban, y la honra que sentían por aquel héroe cuya memoria guardaron durante tantos años.

El autor se interesa por el mundo de las creencias que rodea la juventud de Balboa en su villa natal. Comienza adentrándose en el Jerez bajo el poderío y espíritu de la Orden del Temple. También nos descubre el esplendor de la villa bajo el largo período de inmenso poder de la Orden de Santiago. Se adentra en el Jerez de finales del siglo XV, en sus gremios, en sus campos y parajes, en su extensión urbana y en sus numerosas iglesias y beaterios. Introduce al lector en el ambiente caballeresco de Jerez, una escuela que tanto va a influir en el comportamiento de un Balboa contrario a los abusos y a los tratos vejatorios a los indígenas.

Analiza los comportamientos de los conquistadores, y considera que sus actitudes dependían más de sus conciencias y de su particular entendimiento de las cosas, según la escuela de formación que tuvieron antes de llegar al Nuevo Mundo, y de su sentir cristiano. Todo ello buscando una aproximación a la mentalidad religiosa de Balboa que será guía de su conducta en América y reflejo del trato y respeto que le merecen los indígenas, como lo demuestra la amistad con el cacique Careca, o su relación íntima con una mujer nativa. Nos

dice el autor que los indios confiaban en él hasta el extremo de hacerle confidencias, una cuestión que avala con citas tan importantes como la del padre Las Casas, que nunca denunció desmanes ni violaciones de Balboa sobre el derecho de los indios, y del que llegó a decir que era *hombre entendido y para sufrir mucho*. Asimismo, hace referencia a la carta de Balboa al rey de España, donde expresa su consideración con los indígenas, entresacamos algunas frases por concluyentes: “... he procurado, por donde quiera que he andado, que los Indios desta tierra sean bien tratados, no consintiendo hacerles mal alguno...”. Son varios los párrafos de esa Carta donde Balboa menciona a *Nuestro Señor* como guía de su conducta.

También utiliza citas de otros cronistas importantes como las de Mártir de Anglería quien lo califica como *gran esgrimidor y gran gladiador, buena estampa, aguerrido, no hecho para la fácil sumisión, y no quería obedecer a ninguno que no tuviese su poder del mismo Rey*. Con estas expresiones nos va dando cuenta que estamos ante un verdadero líder que encaja en el incipiente Renacimiento que conoce Balboa, con dotes para capitanear cualquier aventura y conseguir la adhesión de sus hombres.

EL INICIO DE LA PERIPECIA MARINERA DEL DESCUBRIDOR

Ahora, el autor, como fino analista y observador, entra en toda la peripecia marinera del descubridor. Pero, antes, prepara al lector mostrándole la Sevilla de finales del siglo XV como lugar principal en lo concerniente a marinería. Correa nos dice que la capital Bética significaba el centro neurálgico de los asuntos relacionados con las tierras descubiertas. Justifica la temprana instalación de la Casa de Contratación y su papel en las expediciones, y sitúa en ese nuevo entorno a Vasco Núñez de Balboa.

Desde tal intención repasa las principales expediciones que por entonces se estaban organizando, y también las más trascendentales que en el pasado se habían realizado; así como las condiciones que eran necesarias para organizar esas flotas, especialmente las económicas y las de enrolamiento de personas adecuadas para la navegación y la necesidad de contar con un capitán experimentado. El autor llega a la conclusión de que Balboa no cumplía ninguna de ellas, y para su enrolamiento tuvo que ayudarse de una persona que pudiera darle esa oportunidad que él buscaba impulsado por su ímpetu de aventura y por su afán de gloria. Y respecto a la persona que facilitó su enrolamiento, el autor llega a deducciones lógicas considerando que Balboa era escudero de Don Pedro Portocarrero y que, por aquella fecha, don Pedro era alcalde de

Sevilla. También dice que a Balboa no le era extraño Moguer (señorío de Don Pedro), un pueblo lleno de noticias americanistas. Todo ello le lleva a Feliciano a pensar que el Señor de Moguer pudo ejercer de valedor de Balboa para su enrolamiento en la expedición de Rodrigo Bastidas, Y, además, considera positiva para la empresa marinera la propia trayectoria del jerezano, su buena formación, su dominio de la espada, su condición de hidalgo y de persona dotada para el oficio de la escudería y de la responsabilidad, y anhelante de nuevos conocimientos. Con todo ese bagaje, no tuvo que serle difícil a Balboa el ser aceptado como pasajero y marinero para llegar a las Nuevas Tierras y transformarse en un valioso emprendedor de cualquier actividad mercantil o de otro destino que le aguardara. Correa sugiere que pudo ser determinante, para embarcarse Balboa, que estuviese al frente de la expedición Rodrigo de Bastida, un experimentado marinero que había acompañado a Colón en su segundo viaje, un buen hombre, escribano de Sevilla, adinerado y con gran prestigio en su ciudad. Y, en estos prolegómenos, anota que no debe dejarse de lado la influencia que tal vez pudo ejercer el que fue obispo de Badajoz y luego de Córdoba, don Juan Rodríguez de Fonseca, que alcanzo el alto cargo de Presidente del Consejo de Indias.

Con un continuado aporte informativo continúa ofreciendo al lector la marcha de Bastidas hacia el nuevo mundo, y nos dice que en marzo de 1501 salió la expedición del puerto de Cádiz (único puerto del que podían zarpar los barcos para las indias), en dos naves llamadas San Antón y Santa María, además de un chinchorro y un bergantín, que zarparon con medio centenar de personas. Y, entre otros muchos detalles, nos cuenta que la nao Santa María de Gracia era capitaneada por su propietario, Martín Boriol, un marinero de Triana. Y que junto a Balboa iba como tripulante el cántabro Juan de la Cosa, el primer cartógrafo de un mapa americano.

Correa refiere el relato -sobre este viaje- tomando como base al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General de las Indias*, y narra el aprovisionamiento en las Islas Canarias, el paso por Barbados, el bordeo de las costas de Colombia, la llegada a la comarca de Guna Yala en Panamá, la navegación por el litoral de Venezuela hasta la bahía que llamaron de Cartagena, el descubrimiento del río Magdalena, y la arribada al Golfo de Urabá (cerca de la frontera entre Panamá y Colombia) dentro del Mar Caribe y del Golfo del Darién. El autor, siempre atento a la mente de Balboa, dice que el jerezano desconoce que en esas provincias- Urabá y Darién- se van a desarrollar los episodios trascendentales de la gesta que le aguardaba.

Correa continúa abundando en numerosos detalles del complicado periplo, y nos hace partícipes de cómo Bastidas y sus hombres prosiguieron la ruta

practicando intercambio con los indios, y llegaron a las costas de lo que hoy es Panamá, descubrieron Jamaica y Puerto Rico y, por fin, alcanzaron Santo Domingo con las naves dañadas hasta hundirse. Allí, el gobierno lo ejercía Francisco de Bobadilla, nombrado por los Reyes Católicos para reordenar la isla de La Española; y el autor nos refiere los problemas de recibimiento que tuvieron a su llegada, pues Bobadilla acusó a Bastidas de haberse extralimitado en sus exploraciones y utilizado a los indios para encontrar oro. Una acusación que el autor considera muy rígida, dada las circunstancias especiales de guerra que mantenían los indios *taínos* contra otras tribus y el requerimiento de ayuda que hicieron a los españoles. También nos señala cómo Balboa no fue acusado de esas extralimitaciones por ser un simple marinero, aunque distinguido, y se quedó en La Española.

El autor nos habla del regreso a Cádiz de Bastidas y de su absolución de los cargos que le formularon en La Española; y, también, de su vuelta a otra exploración en el año 1507, y de su triste final en Santiago de Cuba en el año 1527.

El doctor Correa reflexiona sobre los riesgos del viaje que realizó Balboa, sobre las adversidades maríneas, y de cómo encajaría todo aquello en un capitán oriundo de tierra firme, pero cree que se afanaría en ser diligente, hacer méritos y aprovechar este noviciado del mar para aprender y sacar conclusiones de esa larga navegación que duró cinco meses. Un entrenamiento por un gran recorrido y por las adversidades maríneas vividas, con la compañía de los mejores maestros como lo fueron Bastidas y Juan de la Cosa. Más tarde demostraría el provecho de aquella experiencia iniciática y haría uso de ella en trances posteriores.

El autor analiza la decisión de Balboa de quedarse en la Española y no volver con Bastida, y considera que la llegada a La Española de la importante expedición del cacereño Nicolás de Ovando con muchos extremeños, entre los que se encontraba Pizarro, será decisiva en el devenir próximo de Vasco Núñez, tanto por las fundaciones que Ovando realizará en La Española como por la química del paisanaje que le animaría a permanecer allí.

Mediante un ensayo bien documentado, en cuyo género es un experto, interpreta y nos desvela todo lo que sucedió en aquella isla a partir de la llegada de Nicolás de Ovando, un hombre capaz, fundador de varias ciudades en la isla, entre ellas Salvatierra de la Sabana, encargando de ello a Diego Velázquez. En esa nueva población le entregó a Balboa una encomienda de tierras con indios para trabajarla. Pero el autor estudia y analiza que aquella nueva posi-

ción de encomendero no pudo serle fácil de llevar a cabo por nuestro personaje, un escudero ajeno al trabajo personal en labores agrícolas, aunque más ducho en tareas de administración. El autor estudia y describe el nuevo enclave y nos da detalles muy interesantes sobre las características del terreno situado en la costa. Puntualiza las grandes diferencias entre las tierras entregadas a Balboa y las tierras de su Jerez natal, tanto por su flora como por el sustrato para crear la alimentación propia para la ganadería que él conocía. Y describe el clima adverso de allí para esas labores, y los grandes huracanes que sufrió aquella explotación; todo ello, unido a la falta de demanda ganadera, dificultaba la rentabilización de la inversión, e hizo difícil la liquidación del crédito en que el gran esgrimidor se empeñó.

Esas dificultades que el jerezano halló las estudia y nos las expone de manera magistral en el libro. Nos dice que, aún con todos esos inconvenientes, el personaje permaneció en esa tarea durante ocho años, trabajando por sacar adelante aquella encomienda, pero que todo ello devino en un fracaso económico y en su ruina devenida de las circunstancias que allí le rodearon. Analiza el autor las consecuencias de aquella inversión desastrosa, la cual puso a Vasco Núñez en una situación crítica y le forzó a huir de La Española. El autor se introduce en el personaje y llega a conocerlo de tal manera que nos señala cómo optó por la huida de sus acreedores porque no podía afrontar –por su dignidad y su condición de hidalgo- la deshonra de la cárcel.

El libro nos brinda los nuevos escenarios que van a tener lugar en la Española, cuando se proyectaba otra expedición a Urabá, en tierra firme, lugar considerado de gran riqueza. Este nuevo proyecto vendría de la mano de Diego de Nicuesa y de Alonso de Ojeda, que acordaron con la Corona llevar a cabo la colonización de nuevas tierras, actuando Alonso de Ojeda como gobernador en el espacio existente desde Coquibacoa (cerca de Maracaibo, Venezuela) hasta el Golfo de Urabá (contenido en el Golfo del Darién, cerca de la frontera de Panamá con Colombia); y Nicuesa gobernaría desde el Golfo de Honduras hasta el de Urabá. Se ponía como límite entre ambas exploraciones el propio Golfo de Urabá. Aunque la frontera definitiva de uno y de otro sería motivo de controversias; el accidente geográfico de Urabá marcaría los territorios, la parte occidental - a partir de él- sería de la gobernación de Veragua, y la oriental de Urabá.

El autor ve que la única salida que le queda a Balboa para salvar su honor es la huida hacia el mar enrolándose en esas nuevas expediciones de Diego de Nicuesa y de Alonso de Ojeda (13 de diciembre 1510); es una huida hacia adelante que le permitiese intentar resarcirse económicamente y pagar las deu-

das; y, al mismo tiempo, entrar en una nueva aventura en busca de la gloria. En este discurrir apasionante, reproduce el momento decisivo para el jerezano, escapando como polizón en la expedición que manda Alonso de Ojeda, un marino de prestigio que selló un acuerdo económico con Martín Fernández de Enciso para asegurar sus fines colonizadores, ya que el sevillano Enciso, un letrado de renombre, con una gran fortuna, tenía escasos conocimientos de la mar. Enciso resultaría un personaje de gran importancia en la vida del descubridor del Mar del Sur porque en su barco se subió el arruinado extremeño.

A partir de este momento, Correa nos introduce en un esplendoroso relato, en un mundo de aventuras, que nos muestra al Balboa estratega, al ser humano con sus virtudes defectos y errores. Describe magistralmente el universo que bullía en La Española y en su puerto antes del embarque, nombra a algunos extremeños que allí se encontraban, y que serían prohombres de la Conquista, como Cortés, Pizarro, y otros.

El libro no se detiene en el análisis del Balboa polizón, subrayando los riesgos de abandono en el mar que conllevaba cualquier intruso y, además, nos dice que Balboa afronta un riesgo añadido al llevar con él su embarazoso compañero de aventura, su perro *Leoncico*, lo que demuestra hasta qué punto Balboa era capaz de jugárselas antes de abandonar a su fiel animal, aún a riesgo de ser descubierta su presencia. Es hermoso leer el pedigrí de *Leoncico*, y su alevoso final. A porta lo que sobre ello hablan los cronistas y estudiosos como Fernández de Oviedo, Las Casas, Anglería, Altolaquirre, entre otros, que con distintas versiones hablan del escondrijo que ocultó a Balboa y a su perro en el barco, y relatan toda aquella singular aventura.

En el impecable relato se nos revela el momento crítico cuando fue descubierto Balboa como polizón, y el enojo de Enciso que -por ser hombre de leyes- era proclive a abandonarlo. También nos presenta la intercesión de los pasajeros, hombres que veían en el jerezano unas excepcionales dotes de valor y de arrojo tan necesarias para afrontar los peligros que se avecinaban, un extraordinario hombre válido como gran esgrimidor, conocedor del mundo del mar, un hombre útil para la batalla y también para ayudar en la gobernación de aquellas tierras que se localizaban entre los cabos geográficos de Vela y de Gracia de Dios.

Avanza en la descripción y se adentra en la gobernación de aquellas tierras, la *Nueva Andalucía*. Urabá, quedaría en manos de Ojeda, y Veragua sería adjudicada a Nicuesa; y nos describe con detalle los recelos entre Vinuesa y Ojeda, más tarde reconciliados por la caballerosidad del primero. Señala la

diferencia de hombres y pertrechos que se decantaban a favor de Nicuesa, considerado de mayor poder económico y político. Y dice, que aunque Ojeda fuese el marino experimentado y con mayores posibilidades de éxito, los efectivos humanos para colonizar las tierras asignadas a las expediciones eran de 785 hombres con Nicuesa y 150 hombres con Ojeda, entre ellos hombres tan valiosos como Juan de la Cosa (asignado por el Rey como segundo capitán, del que describe el autor su muerte en enfrentamiento con los indígenas, citando a Anglería, “...mataron al segundo del capitán Ojeda.. pues untan las saetas con jugo mortífero de ciertas hierbas...”

Fiel a la narración de Anglería, refiere la tripulación que iba en la nave de Enciso, los animales domésticos para crianza en los nuevos asentamientos, así como las armas disponibles para guerrear, víveres, etc. Y continúa con la descripción del fantástico viaje y los males que les acaecieron, pérdida de hombres y rotura de naves por encallamiento; quedando la credibilidad de Enciso muy dañada para la gobernación, si Ojeda faltase. Ante esto, los hombres comienzan a mirar hacia Balboa como el posible capitán que los conducirá con garantía en la aventura de la empresa emprendida.

El autor también se ocupa de las adversidades y desventuras que sufrió Diego de Nicuesa que andaba por Veragua, la pérdida de su carabela por las tempestades, su encuentro con los nativos, su extravío entre lagunas inhospitas y la falta de comida, siendo rescatado finalmente por Olano, uno de sus pilotos, que fue acusado de ambición por querer el lugar de Nicuesa y de poca diligencia en el rescate. Apasionado con la trama nos sigue narrando y exponiendo sus reflexiones de lo que cuenta el cronista italiano Anglería en torno al desastre de Nicuesa: la pérdida de la mayor parte de sus hombres tanto por sus encuentros con los indios como por las calamidades que le persiguieron desde que salió de Veragua.

Después de la exposición sobre los desastres sufridos por Nicuesa, asistimos al discurrir de la expedición donde se encontraba Balboa, la cual también había sufrido calamidades por incompetencia del capitán, en un momento en que ya el jerezano comienza a dar señales de líder hegemónico para la gobernación de Urabá en tierra firme, ante la debilidad y descrédito de Enciso. En estos trances Balboa comienza a marcar el rumbo de los acontecimientos; y retomando la crónica de Anglería nos presenta el contencioso que se planteó sobre el derecho de ejercer la gobernación y quien debería tener el mando. Entre otras cosas, nos refiere que Balboa hizo saber que Enciso “no tenía cartas reales que le concedieran el poder de pretor” y, ante la falta del nombramiento, que perdió, no quiso considerar por no tener documentos, que Ojeda en su condi-

ción de gobernador le hubiese elegido en su día como lugarteniente. Continúa el autor diciendo que, ante el asombro y debilidad del liderazgo de Enciso, se propuso que el gobierno se ejerciera por un Consejo, hasta tanto llegase -si es que regresaba- el gobernador Ojeda, pues creían que posiblemente había muerto en los enfrentamientos con los indios. Y nos apunta que, en estas dudas, pensaron llamar a Nicuesa – pues al fin y al cabo era gobernador aunque de otra jurisdicción- para que asumiera el mando. El autor expone sus conclusiones sobre el relato de Anglería el cual cuenta que Vasco Núñez, temiendo perder su autoridad -si llegaba Nicuesa- “*llamaba locos a los que pensarán que Nicuesa estuviera vivo*”.

En una ininterrumpida relación de secuencias se nos presenta un nuevo episodio, y dice “*Y cuando en estos debates andaban flacos de fuerza y escasos de ingenio, llegó hasta ellos Rodrigo de Colmenares, trayendo alimentos y dando esperanzas de vida a cuantos en tales miserias se debatían*”. Luego decidieron la búsqueda de Nicuesa, al cual halló y rescató Colmenares y emprendió el rumbo a Urubá. Cuando el gobernador Nicuesa llegó a San Sebastián de Urubá, donde se encontraba Balboa y Enciso, estos le hicieron comprender que allí no tenía poder por ser territorio del gobernador Ojeda (que andaba por la Española), y le obligaron a embarcarse solo con 17 hombres con rumbo a la isla. El autor interpreta los hechos y nos da su parecer sobre aquel hecho y sobre las deslealtades con aquel hombre que en otra hora fue muy influyente y al que abocaron a un final que no merecía embarcándolo en condiciones tan precarias que nunca más se supo de él.

El libro se crece al analizar el comportamiento de aquellos hombres en un contexto repleto de complejidades, angustias e intereses, donde la ambición, la envidia y los rencores podían ser una constante. Y metiéndose el historiador en la trama, se esfuerza por comprender la situación de aquellos hombres cuyas vidas pendían de un hilo en aquel entorno: los peligros del mar con naves inseguras, vientos huracanados, acechanzas de los indios con flechas envenenadas, arrojando el hambre y el agotamiento en aquellas difíciles adaptaciones al medio ambiente, y alejados de todo asomo de su civilización; por ello, cree Correa que tal vez no estemos en condiciones de emitir un rígido juicio moral, sino esforzarnos en allegar matices a nuestra reflexión.

El autor viene a decirnos que -en medio de estos trances- Balboa sigue afianzándose como jefe natural de aquellos hombres que veían en él un guía con condiciones innatas de mando y coraje para conducirlos bien. De tal modo que relata la propuesta que hace Balboa para dirigirse a la otra orilla del golfo de Urubá -con parte de la expedición- donde los indios no usaban flechas envene-

nadas y donde las condiciones de asentamiento fuesen más favorables y provechosas. Una propuesta que aceptaron las huestes de Enciso: dejar la parte oriental del Golfo de Urabá y dirigirse a la occidental buscando el poblado que él vio -y retenía en la memoria- en su periplo con Bastidas. El autor considera que este es un momento crucial para Balboa porque lo lanza hacia el indiscutido liderazgo de aquellos hombres que acompañaban a Enciso. Correa, en un espléndido relato, nos describe la fantástica aventura que dirige Balboa, navegando en sus bergantines, buscando la parte occidental del Golfo Urabá, hacia el río que los indios llamaban Darién, y nos habla de cómo el jerezano va ganando credibilidad entre aquellos hombres que se encontraban angustiados y desorientados, y cómo se va cumpliendo todo lo que el capitán extremeño les había dicho sobre ese lugar más seguro y con mayores posibilidades de prosperar. Decide conducirlos a una nueva zona más alejada de aquellos peligrosos nativos que emboscaban a los españoles y los mataban con sus mortíferas flechas, armas mortales que fueron objeto de comentarios de cronistas de Indias como Las Casas o Fernández de Oviedo.

El autor describe el lugar donde desembarcaron los hombres de Enciso y Balboa, un puerto natural, y nos dice que el paraje donde llegaron correspondía a las tierras de un cacique que tenía por nombre Cemaco. Y, para dar mayor apoyo a su narración, traslada al libro el relato de Mártir de Anglería donde se cuenta en detalle las circunstancias que rodearon aquella aventura y las particularidades geográficas de la ensenada donde fondearon sus naves y se establecieron momentáneamente. También cuenta el mal recibimiento de que fueron objeto por parte de los nativos que se aprestaron al combate. Relata la victoria de aquellos hombres, y cómo Balboa y Enciso se juramentaron no volver la espalda ante un enemigo mucho más numeroso, y tras encomendarse a Dios y la Virgen de Santa María de la Antigua (venerada en Sevilla) pusieron en fuga a los nativos -con su jefe Cemaco- que no pudieron resistir el empuje arrollador de los españoles. La victoria animó a aquellos hombres y aumentó la confianza en Balboa, cuyo papel había sido esencial en todos los hechos acaecidos desde que llegaron a San Sebastián de Urabá.

Después de aquella batalla, Correa cuenta cómo *“los españoles querían hallar un espacio sereno y encontrar consuelo alimenticio para su cuerpo y paz para sus espadas”*. Exploraron el territorio y consiguieron tener una relación más pacífica con Cemaco del que recibieron regalos de oro. Y nos ofrece una completa descripción del lugar que eligieron para fundar una población donde establecerse, que tomaría el nombre de Santa María de la Antigua, localizada en la zona más austral del Mar Caribe, en el golfo de Urabá, en un seno del

Golfo del Darién se encuentra ese espacio que el autor califica de idílico por su belleza y condiciones que ofrecía para ser poblado. Cita al escritor Méndez Pereira, el primer escritor panameño en divulgar el hecho singular del jerezano Vasco Núñez y su grandeza como héroe, quien aporta una bella descripción de la complacencia que origina ver ese espacio que tomaron como asentamiento, donde existían boíos indígenas.

Correa nos ofrece un completo relato sobre la fundación de Santa María de la Antigua (año 1510). Nos dice que los personajes cofundadores, Enciso y Balboa, dispusieron el nuevo pueblo a semejanza de los castellanos. Pero nos señala que la relación entre ambos personajes deja de ser cooperadora para dar paso a la hostilidad entre ellos, pues Balboa veía en Enciso su incapacidad como jefe y guía, aunque tuviese una formación superior en muchos aspectos a la del jerezano. Sin embargo, Balboa, además de sus cualidades innatas de líder, contaba con una suficiente y solvente preparación para la gobernación de esa ciudad. Para acreditarlo, el autor recurre a la trayectoria personal del jerezano en todo lo concerniente al conocimiento del ejercicio del poder, como observador próximo que fue de la acción de los altos dignatarios de Jerez y, además, refiere que los hombres que estaban en Santa María ven en él la persona idónea para el gobierno del poblamiento.

Correa estudia a los dos protagonistas y sopesa las cualidades e idoneidad de la persona precisa para el momento que se vive en el nuevo poblamiento, y considera que Balboa las reúne. Continúa el autor diciendo que para aquellos hombres pesaron más las virtudes del jerezano que la condición de Enciso como lugarteniente de Ojeda que allí no tenía jurisdicción por ser zona del gobernador Nicuesa. La mayoría de los hombres que se encontraban en aquel lugar eligen a Balboa para presidir el Cabildo de la recién fundada población de Santa María de la Antigua. Comienzan a llamarle gobernador, y se juramentan no aceptar a Nicuesa en el caso de que volviese.

El autor reflexiona finalmente sobre aquella conjura y busca explicaciones razonables teniendo en cuenta las especiales circunstancias que se daban y que afectaban de manera tan significativa a la vida de esos hombres. Nos relata los incidentes que tuvo que afrontar Balboa y las decisiones que tuvo que adoptar para poner todo aquello en marcha, en sosiego y libre de conjuras maliciosas. Así, nos cuenta cómo ante la no aceptación del liderazgo de Balboa, éste tuvo que apresar a Enciso, y después le dejó libre y el sevillano decidió marcharse a la Española para más tarde volver a España y contar en la corte de Valladolid su versión de los hechos. Una versión que tuvo ocasión de escuchar

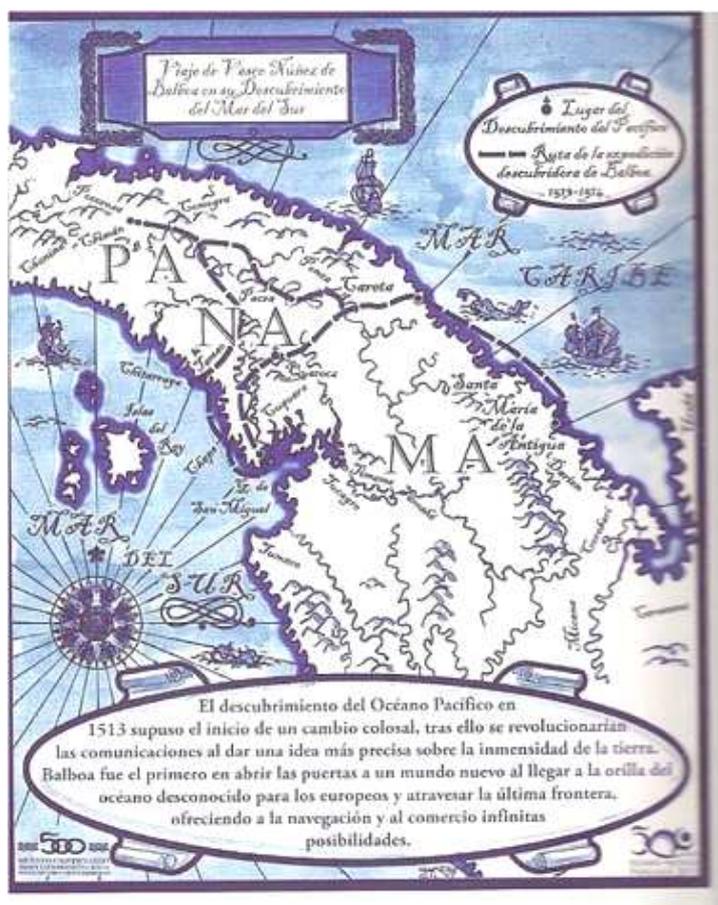
el mismo cronista Anglería, y después contarla; naturalmente Enciso perjudicó a Balboa con su narración

El autor continúa con el relato de cómo se constituyó el primer gobierno municipal en “Tierra Firme” -a cuyo frente estaría Balboa durante cuatro años- y dice que en su regimiento empleó la flexibilidad y la razón en vez de la pura imposición. Nos cita al cronista Fernández de Oviedo para reforzar sus reflexiones -sobre el buen gobierno- cuando dice que dio muestras de conmiseración al enviar -a Nombre de Dios- a socorrer y rescatar a las personas que Nicuesa había dejado allí y cuyo mando ejercía Gonzalo de Badajoz. Y contando con todas aquellas personas pudo reunir en Santa María unas quinientas, asistidas por algunos franciscanos.

Nos refiere Feliciano Correa el relato de Anglería y añade matizaciones y reflexiones sobre él, y sobre la acción resolutive de Balboa de enviar una comisión a la Española, con Valdivia y con Zamudio, para pedir apoyo de víveres a Diego Colón que ejercía de virrey. Refiere que Valdivia fue el encargado de informar al virrey de los progresos efectuados gracias a la actuación de Balboa, y Zamudio fue a la Corte para dar cuenta de todo lo sucedido. Cuenta que Diego Colón acogió favorablemente la propuesta de oficializar un nombramiento para Balboa, y el 23 de diciembre del 1511 el rey nombró a Balboa, Gobernador y Capitán General de la provincia del Darién. Con ello, quedaron atrás las dudas sobre la recta manera de proceder del jerezano en todos aquellos hechos y clara su lealtad al rey.

El autor nos deja sus conclusiones -surgidas del paciente estudio y de la investigación- sobre los hechos expuestos anteriormente. Y escribe unas páginas brillantes donde nos muestra la grandeza del personaje, su capacidad organizativa y su facultad de anticipación dando siempre el primer paso ante la adversidad y contagiando su entusiasmo a los que le siguen, ellos vieron en él al héroe que los condujo a aquella “Tierra Prometida” donde reinaba la paz, la pesca era abundante, los terrenos fértiles y colmados de agua dulce. Todo ello inimaginable después de tantas desdichas.

EL AÑO DEL DESCUBRIMIENTO. EL CAMINO



Mosaico del Centro de Interpretación de Jerez de los Caballeros.
Ruta del Descubrimiento. El Golfo de Urabá, a la derecha de la imagen

El autor expresa su amarga decepción por la pérdida de la mayor parte de los escritos de Balboa -que fue un escritor prolijo- de los que sólo se conservan dos cartas al Rey, la del 20 de enero de 1513 y la del 16 de octubre de 1515, aunque se tiene conocimiento de otras por extractos de secretarios o anotacio-

nes. Todos esos documentos existentes son estudiados por el autor, así como las crónicas de la época, de Anglería, Fernández de Oviedo, Las Casas, entre otros, y las de los escritores actuales como Méndez Pereira, Blas Aritio, Kathlenn Romoli, etc. Pero fundamentalmente profundiza en el estudio de las cartas de Balboa al rey. A la vista del estudio que realiza, nos expone las consideraciones que le merece el hecho del descubrimiento del Pacífico, y sus prolegómenos, sin importarle arriesgar interpretaciones al hilo de lo que va exponiendo.

Correa imagina a un Balboa seguro de su liderazgo para la gobernación de aquellas tierras, sin Enciso, sin Ojeda y sin Nicuesa, sintiéndose respaldado por sus hombres. Y se refiere a la carta del 20 de enero de 1513 que dirige el jerezano al rey Fernando, en la cual arremete contra Ojeda y Nicuesa, a los que acusa de los desastres ocurridos en sus expediciones. Le pide al rey que envíe allí bachilleres en medicina, no en leyes – refiriéndose a Nicuesa y a Ojeda- por no ser personas aptas para aventuras tan comprometidas, por su falta de empuje y de preparación para soportar el sufrimiento, y por sus manipulaciones de la legalidad en algunas ocasiones. Y en esa carta también solicita hombres para la nueva empresa *“que si vuestra magestad es servido de me dar gente, yo, me atrevo a tanto mediante la bondad de Nuestro Señor de descubrir cosas donde puede haber oro y tanto riqueza”*. El autor concluye que el rey no envió ninguna expedición, pero refiere que el dominico Las Casas confirma que continuaron llegando barcos con gentes para poblar a Santa María de la Antigua.

La lectura de esta obra nos lleva al Balboa estratega que comienza a diseñar acciones -para la nueva exploración- a la vista de la información que recibe de su amigo el cacique Comogro, y de su hijo Ponquiaco, sobre un nuevo mar que Balboa no había visto. Y nos dice el autor que Vasco Núñez piensa que aquella aventura necesitaría muchos hombres (se apunta en el texto a mil hombres) y medios materiales para acometerla. Cuenta para ello con la imprescindible ayuda de los caciques Careta y Comodro, con los que había fraguado y fomentado una buena amistad, y se dispone a acometer esa aventura de descubrir un nuevo mar para buscar la gloria y el reconocimiento de su rey.

Nos dice Correa que *“viendo Balboa la demora y los impedimentos, tomó el decidido camino que le iba a conducir -sin él sospecharlo ante tantas necesidades- a una gloria imperecedera”*. Continúa el texto relatando que el jerezano decide acometerlo con 190 españoles más la ayuda indígena esencialmente la de Careta y Comodro.

Fruto del estudio de las crónicas que sobre ello hablan, y del análisis documental, Correa saca sus conclusiones y las narra en su texto siguiendo los hechos paso a paso desde la concepción inicial del proyecto descubridor que

bulle en la mente de Balboa, sus prolegómenos, la preparación de la nueva aventura y, también, la gesta. Todo ello lo consigue plasmar en el texto con una narración viva, llena de matices y reflexiones que logran sumergir al lector en un relato propio de una novela de aventuras porque, en esta historia, sí, la realidad supera a la ficción.

Nos dice el autor, que sabía Vasco Núñez que en ningún caso su viaje iba a ser sencillo, pues se trataba de trasegar por donde no había ido caballero alguno, atajar terrenos sin caminos entre vegetación insondable. Y nos refiere lo que dicen algunos cronistas respecto a la ayuda de los indios para abrirles el paso por una selva que sólo ellos conocían “*ganado Poncha, guió a sus tropas por las montañas con guías y taladores que le dio Poncha*”, una selva que camuflaba nativos que acechaban para sorprender y matar a los extraños hombres que osaban pisar sus tierras.

Continúa el autor relatando cómo Balboa va sometiendo a las tribus indígenas que va encontrando, cómo sometió el territorio del cacique Poncha, primero combatiéndolo con arrojo y energía, después tratándolo con consideración y afecto para lograr su amistad y, seguidamente, pactando con ellos para defenderlos de sus enemigos e intercambiando algunos objetos, según refiere algún cronista: “*intercambió algunas segures de hierro que los indios estimaban mucho para poder cortar árboles y a cambio de ello recibió oro*”. Cree el autor que en todos los trances Balboa ajusta las propias medidas a su íntima moralidad, empeñando su palabra.

Dice Correa, citando a Oviedo y Romoli, que Balboa envió la columna de esclavos a la aldea de Chimas para iniciar el viaje, y los españoles dieron comienzo a su gran gesta después de cumplir el proceso ritual de oficializar una misa donde se encomendaron al cielo los hombres que iban a partir, confesaron y comulgaron. El día 1 de septiembre de 1513 embarcó Balboa en la boca del Río, con ciento noventa compañeros, dirigiéndose con sus canoas y barcos pequeños hacia Careta, el Pacífico y la inmortalidad.

Prosigue el autor con su narración y toma la referencia del cronista Anglería, y cuenta que la expedición tuvo que hacer frente a los nativos de Cuarecua, a los que vence tras duros enfrentamientos, y estos terminan pidiéndole auxilio para sus males y enfermedades. También narra otros encuentros con indios que no solo no presentaban batalla sino que los saludaban y agasajaban entregándoles oro, como ocurrió con los nativos del cacique Chiorisio que calificaron a los españoles como *gente esforzada, domadora de los que hacen daño*. Los indios le cuentan a Balboa la enemistad que tienen con otros nativos opresores, y le piden que los libere de ellos. Esas noticias ya se habían exten-

dido a lo largo del trayecto que faltaba por recorrer, engrandeciendo la visión que los indios tienen de Balboa como líder carismático, y dando razón a los acuerdos que de buen grado muchos caciques pactaron.

Sigue el texto de Correa refiriendo la épica marcha por aquellas tierras vírgenes llenas de dificultades y sorpresas. Y nos refiere el relato sobrecogedor del escritor panameño Méndez Pereira que llega a decir que *solo un corazón como el de Balboa y sus compañeros pudo realizar una empresa semejante que aún hoy no han podido realizar los que lo han intentado*. Continúa contando las fatigas y peligros que afrontaron los españoles, escalando pinachos elevados e inexplorados, con un calor de más de 35 grados, sin un soplo de aire que pudiera llegar a través de la espesa vegetación, abriéndose paso palmo a palmo en esa selva, mientras los mosquitos y miles de insectos los envolvían, con el cuerpo cubierto de garrapatas que les chupaban la sangre, y así continúa el texto mostrándonos todos los peligros que encuentran en el camino. Esa precisión descriptiva, propia del panameño que conoce a la perfección la flora y la fauna de su país, llena de asombro al autor, y nos dice *“esta historia tiene tanto dolor de cuerpo y tanta incertidumbre de mente, que más parecería que estamos atrapados y presos de un loco texto de fantasía incontrolada”* Y la narración nos lleva a ver toda la fortaleza, sacrificio y grandeza de aquellos hombres.

También nos habla de las continuas emboscadas de los nativos camuflados en la espesa vegetación y provistos de flechas envenenadas. Nos cuenta que todo este desasosiego puede explicar el uso de perros que, adelantándose a los cristianos, olfateaban la presencia de indígenas escondidos a los que acometían con tal ferocidad que los ponían en fuga.

Pero el autor también dice que no siempre ocurría así cuando se venían a las manos con los Caramairenses y los Caribes, nativos muy feroces y más dispuestos para la guerra, que mataban con sus flechas envenenadas a los perros que les embestían.

En estas páginas se ve la actitud defensiva que en muchas ocasiones tuvieron que adoptar los españoles para hacer frente a unos nativos que no eran tan desvalidos, y también expone la actitud de gratitud mostrada por muchos de los caciques -que encontró en su trayecto- que vieron en Balboa un libertador que les liberaría de la opresión de sus enemigos y los aliviaría de los males que padecían. El autor contrapone sus conclusiones a la opinión de los detractores cómplices de la Leyenda Negra que poco se aplicaron en conocer en profundidad aquella gloriosa gesta.

Y también, el autor repasa la labor de los perros como una avanzadilla de seguridad, un primer escalón de combate y, con ello, rinde tributo al sacrificio de aquellos animales que salvaron la vida a muchos españoles y a muchos indígenas que los acompañaban. También nos habla de “Leoncico”, el perro de Balboa, de la importancia que tuvo como acompañante inseparable de él durante todo el trayecto, y de su triste final por envenenamiento.

Es fácil asombrar al lector con este relato, y tomando a Romali dice que Balboa entendió que para penetrar por terrenos tan abruptos era necesario reducir la expedición para moverse con más soltura. Así es que “*con noventa hombres de armas y dos sacerdotes, se comprometían a ganar un océano con toda sus costas para su rey*”

Cerca de la Mar nueva, es el nombre del epígrafe donde el autor trata la aproximación de Vasco Núñez al océano Pacífico. Cita que la ruta a seguir la marcaron los confidentes aborígenes, y que emplearon veinte días para cubrir una distancia que en condiciones normales no llevaría más de seis o siete jornadas para alcanzar la ansiada mar. El autor sigue contándonos que cuando llegaron al pie de la montaña -que ocultaba la vista de la mar- maltrechos, debilitados y algunos enfermos, supieron que los esperaban los guerreros de Torecha -otros les llaman Caurecua- preparados para el enfrentamiento y armados con flechas y lanzas. Prosigue diciendo que Balboa -cuando notó la cercanía de los guerreros- dio la orden de usar los arcabuces y causaron espanto en aquellos guerreros, y huyeron.

Afirma el autor que de todos estos episodios -ocurridos desde que salieron de Santa María de la Antigua- fue testigo Andrés de Valderrábano, el escribano que iba con Balboa para levantar acta de los pormenores que iban acaeciendo.

Correa habla del choque con Torecha, y dice que sirvió al dominico Las Casas para arremeter contra aquella acción de guerra. Y también hace referencia a Anglería que cuenta un escenario nada edificante, que lleva al autor a titubear sobre la exactitud del relato del cronista, que viene a decir que los españoles para resarcirse del ataque se excedieron con los nativos y todo ello desembocó en lo dramático cuando Vasco Núñez encontró la casa de Torecha “*llena de nefanda voluptuosidad: halló al hermano del cacique en traje de mujer, y a otros muchos aciscalados...y dispuestos a usos licenciosos*”. Las Casas dice “*en un credo los despedazaron*”. El autor admite que la escena pudo ser sangrienta, pero le resulta impropio de Balboa tal comportamiento y da sus razones sobre ello. También nos dice que tal hecho puntual -que él censura- no puede

eliminar la grandeza de la obra civilizadora de España en América, como han pretendido algunos escritores.

Continúa su relato apoyándose en el cronista, y nos dice que Balboa dejó en el poblado de Torecha muchos compañeros que estaban enfermos, tomó guías y se encaminó a las cumbres de la montaña el 24 de septiembre de 1513.

El autor entra a describir lo que él llama **“El Momento Sublime”**, y nos dice que resulta difícil poder referirse a él sin excesos ni sobrada coreografía retórica a un hecho tan singular; pero también quiere relatarlo sin complejos para no minusvalorarlo y disfrazar la historia achicando la grandeza. Y comienza su espléndido relato repasando la vida del descubridor, desde Jerez hasta el Pacífico, desde hombre de tierra adentro hasta convertirse en faenero de cubierta de barco, y luego en conductor de equipos humanos. Y prosigue poniendo de relieve las virtudes del jerezano: hace que queden en las aldeas los hombres heridos y agotados, que sólo le acompañen los que están en condiciones de seguir. Resume, que de los ciento noventa españoles que partieron del Darién sólo sesenta y siete emprendieron la ascensión a la montaña. El autor presenta las versiones de cronistas y escritores que sobre ello hablan, como el escritor Stefan ZWein que calificó aquel instante como *“uno de los pocos momentos estelares de la humanidad”*, se adentra en lo que dicho autor imagina que pasó por la mente de Balboa la noche anterior al Avistamiento, y nos dice que debió ser de continua vigilia recordando los horrores vividos el día anterior, y todos los sacrificios realizados hasta llegar a ese trance.

Pero Correa ve en la escena de aquel día el reflejo del mestizaje de dos mundos ante una ocasión excelsa; los destrozados indios, que con él llevaba, señalan el camino y abren paso, indican la cima, de tal modo que dos razas, dos culturas, dos pueblos, serán protagonistas y testigos de aquel “Momento Sublime”.

El autor se persuade que la lectura de los pasajes históricos hay que acometerla sabiendo que no todo lo que se narra tiene el mismo peso ni la misma trascendencia y, para darnos a conocer aquel momento, acude en primer lugar al cronista a Fernández de Oviedo -que llegó en la expedición de Pedraria- por considerar que su relato es aceptado por la mayoría de los biógrafos e historiadores, considerando que tuvo consigo las actas que levantó Andrés de Valderrábano, escribano de Balboa, que intuyó la trascendencia de aquel momento estelar *“fui consciente del momento trascendente que estaba viviendo”*. También Correa acude a otros cronistas que lo expresan de otro modo, con

la intención de que sean ellos los que nos asombren con sus narraciones, buscando el autor presentar en todo su esplendor aquel momento glorioso.

Aunque este trabajo entra en la categoría de comentario al libro, o de amplia reseña, no me resisto a la tentación de dar entrada a algunos párrafos de las narraciones que incluye el autor en su texto para expresar la grandeza del avistamiento del Mar Pacífico, pues el esplendor de esas narraciones es tal que sin mencionar alguna de ellas el trabajo quedaría falto de esencia.

Así nos lo muestra Fernández de Oviedo “*un martes veinticinco de septiembre de aquel año de mil e quinientos y trece, a las diez horas del día, yendo el capitán Vasco Núñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso arriba, vido desde encima de la cumbre dél la mar del Sur, antes que ninguno de los cristianos compañeros que allí iban; y volvióse incontinente la cara hacia la gente, muy alegre, alzando las manos y los ojos al cielo, alabando a Jesucristo y a su gloriosa Madre la Virgen Nuestra Señora*”. Nos dice el autor, refiriéndose al estado luminoso de su espíritu ante el avistamiento “no quiso compartir el momento, ese instante habitado de grandeza, ni disminuir esa sensación única de catar la gloria en soledad”. Y presenta párrafos del relato del panameño Méndez Pereira “*mandó entonces hacer alto. Y luego, ante la expectación ansiosa de sus hombres continuó subiendo solo hacia la cumbre señalada. De improviso lo vieron clavar la vista en el espacio, quitarse el sombrero empenachado y caer de rodillas en uncioso recogimiento. Así, desde lejos, mientras el viento azotaba la cabellera rubia y el sol quebraba sus rayos como lampos de oro en las placas de su armadura, los españoles tomaron a Vasco Núñez como un dios en el momento de una creación suprema*”. El autor se detiene a reflexionar sobre aquel momento para compararlo con otros escenarios de grandeza que se dieron en la historia de la humanidad.

Correa nos dice que -tomando como base del descenso las viviendas de Chiapes- los españoles se disponían para bajar hasta las aguas y allí tomar posesión del verdadero mar “*avanzó arrogante y resuelto al encuentro de las olas que se empujaban hacia la costa. Se puso en pie todo el acompañamiento y, en el más solemne y respetuoso de los silencios, lo dejaron seguir adelante y por entre las ondas azules. Cuando el agua había llegado a su rodilla se le vio levantar la espada, y se le oyó, desafiando el rumor del mar, gritar a voz en cuello, mientras agitaba el Pendón, que tenía de un lado el escudo de Castilla y de León, y del otro la imagen de la Virgen y el niño Jesús: <vivan los altos y poderosos monarcas Don Fernando e doña Juana, soberanos de Castilla e León e de Aragón... en cuyo nombre e por la corona Real de*

Castilla tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente de estas mares e tierras e costas e puertos e islas australes...>. Una vigorosa aclamación acogió las últimas palabras del capitán y ...el padre Vera bendijo las aguas”.

Correa nos dice sobre ese ritual que nos puede parecer (hoy) una escena recargada, pero que entonces era necesario escenificarlo para mostrar el servicio a los reyes y lealtad a la Corona. Así como también puede parecernos excesivo o extraño el haber mantenido a salvo -durante la durísima travesía del istmo- todo el equipamiento y pendones que se iban a lucir aquel día, y nos refiere que el espíritu exquisito, por *renacentista*, les empujaba a no descuidar las maneras.

El autor no quiere que en el libro queden olvidados todos los nombres de aquellos españoles que hicieron posible el descubrimiento del Pacífico y reproduce la relación que dio el escribano Andrés de Valderrábano *para que no quedase ninguno en el tintero*.

El texto se adentra en lo que Correa llama **Hacia el Momento Inmortal**, sobre la desventura sangrienta que acabó con uno de los nombres más sobresalientes de la acción española en el Nuevo Mundo, la ejecución de Balboa dictada por Pedrarias. Comienza este apartado proclamando que no tiene intención de cargar tintas innecesarias sobre el hombre que llevó al patíbulo a Vasco Núñez de Balboa y a cinco más de sus más íntimos colaboradores, porque piensa que en el balance de la contabilidad de juicios sobre Pedro Arias Dávila (Pedrarias) ya pesa bastante la censura generalizada que sobre el personaje ha hecho la historia respecto a su proceder contra Balboa.

El autor, al hablar de la relación que mantuvieron los dos personajes - Pedrarias, Balboa- nos describe que son dos seres muy diferentes, tanto que ni siquiera el compromiso de Balboa con María de Peñalosa, la hija mayor de Pedrarias, pudo limar las desavenencias que mantuvieron en aquel lejano territorio del Nuevo Mundo, ni siquiera lo logró la intermediación del obispo del Darién, Juan de Quevedo.

Por ello enseña los perfiles de estos personajes y se introduce en una comparativa que pone en evidencia las diferencias de origen, de crianza y de trayectorias personales de ambos protagonistas.

Respecto al segoviano, nos viene a contar que Pedrarias fue un personaje mimado desde su cuna y distinguido por la Corona y afortunado en sus encomiendas como soldado; y, en el Nuevo Mundo, fundó la ciudad de Panamá en el año 1519. Entra en la genealogía de Pedrarias, cuyo alto linaje le llegaba

por la vía paterna y materna, y habla del poder económico de esa familia. Y nos cuenta que, Diego Arias Dávila, padre de Pedrarias, segundo conde de Puñonrostro, ocupó los oficios de Contador Mayor y Secretario de la Cámara Regia, además de ser un destacado militar que participó en numerosas batallas. Menciona el autor que la posición social de Pedrarias emanaba de la Corte de Castilla, era alguien con quien se contaba en los proyectos de la Corona, tuvo participación en la conquista de Oran y Bugía, entre 1509-1510, y estuvo involucrado en iniciativas del trono desde el año 1484, y que además conocía los entresijos de la Corte porque también fue paje de rey. De entre sus familiares destaca a Juan Arias Dávila, capellán de Enrique IV y posteriormente obispo de Segovia, un poderoso señor amante de las letras y mecenas de la cultura, que dejaría como heredero suyo a su sobrino Pedrarias.

Correa nos describe con detalle a esta poderosa familia segoviana que en su ciudad concitaba algunas envidias y odios. Y apoyándose en diferentes bibliografías, entre ellas la de la historiadora Carmen Mena, llena su narración de datos y de sabrosas anécdotas para mostrarnos a los Arias Dávila.

Frente a esos escenarios segovianos, el autor nos dice que Balboa nació en una modesta casa de un pueblo situado en un rincón del reino, criado en el anonimato propio de las familias poco distinguidas y de modesto nivel económico. Balboa aprovechó las escasas posibilidades de prosperar que se le presentaron en su vida, y se sirvió de su propia valía, y posiblemente de que su patrón don Pedro Portocarrero fuera alcalde de Sevilla. Aunque el autor percibe que la relación Portocarrero-Balboa no tuvo que ser especialmente cordial, a tenor del silencio testamentario de don Pedro Portocarrero respecto a Balboa; un hecho, que de ser así, le hace pensar que Balboa tuvo poca ayuda para afrontar toda su trayectoria personal.

Correa pone frente a frente a los dos personajes para mostrarnos sus fuertes diferencias, y nos dice:

Frente a una cuidada educación que recibió el segoviano, Balboa se educó en lo poco. Frente al orgullo, firmeza y distinción social de Pedrarias, presenta a un Balboa sencillo, accesible, que logra fama partiendo desde abajo, asumiendo los riesgos y fatigas que el destino le va deparando, y que -por sus grandes servicios prestados al Reino- logró encaramarse a la alta dignidad de Adelantado, Capitán General y Gobernador, de un territorio allende los mares. Un personaje del que Fernández de Oviedo afirmaba que estaba al lado de los suyos en caso de necesidad y nunca los abandonaba, poseedor de una habilidad innata para ganarse a los soldados.

Mientras Pedrarias valiéndose de su enorme poder y con el apoyo de la Corona fundó Panamá (en 1519), Balboa fue cofundador de Santa María de la Antigua (en 1510) -la primera población en tierra firme- y elegido su alcalde, sin otro apoyo que el de los hombres que allí se encontraban.

El autor viene a decirnos que, a pesar de todos méritos, sus enemigos se encargaron de maniobrar en las proximidades de la Corte para que algunos llegasen a considerarlo un aventurero y recelasen de él, un “Sambenito” que pesaría sobre Balboa.

De enorme interés nos resulta el estudio que Correa hace del rey Fernando el Católico, al que califica de astuto y desconfiado en su acción de gobierno, y hace un completo recorrido histórico de su reinado para poner de relieve su condición de gobernante que recela de todos los que le rodean. Parándose especialmente en los tratados que firmó, como el de Tordesillas -del que siempre estuvo vigilante- donde se fijaba la línea de demarcación de los territorios que le corresponderían conquistar a España y a Portugal, el autor nos refiere las observaciones que del monarca hicieron grandes escritores como Nicolás de Maquívelo en 1513, o como Francesco Guissirdini (embajador de Florencia ante la corte del Rey Católico) al que el Monarca le confió que *“España era una nación muy apta para las armas, pero desordenada, y que se obtendría buen fruto cuando hubiese alguien capaz de mantenerla bien organizada y en orden”*.

Continúa con sus conclusiones, que nos muestran la capacidad de observación aguda del monarca, desconfiada ante el desarrollo de los acontecimientos. Dice el autor que a pesar del nombramiento que le dio el rey a Balboa, como Capitán General y Gobernador del Darién, la desconfianza prendió en el monarca por las informaciones que le llegaron (posiblemente por las denuncias de Enciso contra Balboa) sobre el abandono de Nicuesa, las desavenencias con el mismo Enciso y la acusación de no pagar al rey el quinto de la riqueza del oro obtenido, además de blasfemo. En esa línea, llega a referenciar el escrito de un texto de 1513 (Archivo de Indias) en el que el rey le notificaba a Miguel de Pasamonte, en su condición de tesorero, su parecer en torno a Vasco Núñez de Balboa y mandaba que se hiciesen pesquisas sobre él por algunos excesos que sobre su comportamiento se rumoreaban y, si preciso fuese, se le castigase como conviniese.

Así ve el autor que comienza la animadversión de Pedrarias contra Balboa, pues el propio rey le mandaba que de apreciar delitos en Balboa le enviase a Castilla donde se haría justicia. Y también nos muestra al rey Fernando como una pieza imprescindible para explicar la actuación de Pedrarias.

Correa, ve desconfianza del rey hacia todo lo que sucedía en el Nuevo Mundo. Para tener mayor control, manda la potente expedición que en el año 1514 partió hacia La Española al mando de Pedrarias, con cerca de 2000 personas, y 19 barcos. Y nos dice que nombraría a Pedrarias Capitán General y Gobernador de la Castilla del Oro, denominación que se le dio a la Tierra Firme, “como si de un nuevo mana se tratara”, creyendo que habría de resultar un proyecto rentable y que, al mismo tiempo, lograrse que los indios aprendiesen a trabajar al modo castellano y accedieran a ser catequizados mansamente.

Nos dice el texto de Correa que, en principio, Pedrarias vio en Balboa una actitud cooperadora, pero que acostumbrados los dos a ser cabeza de sus acciones, intentaban influir cada cual a su favor en la lejana voluntad del rey, así, en la carta que Balboa envió al monarca el 16 de octubre de 1515, acusa a Pedrarias de incompetente por holgazán, usureo y viejo para las duras tareas que necesita el Nuevo Mundo, y de “*persona sin ningún regimiento y sin ninguna maña ni ingenio para las cosas de la gobernación*” .

Prosigue analizando la situación que allí se dio entre ellos, ambos compitiendo por el reconocimiento de su labor ante la Corona. Y pone al rey como más proclive a Pedrarias, aunque añade el matiz de que tampoco quería abiertamente desairar a Balboa por las noticias que tenía de los grandes hechos por él realizados. También nos dice que Pedrarias cuando desembarcó desconoce la realidad de aquellos territorios y de aquellas gentes nativas que Balboa conoce a la perfección. También señala que no estaban delimitadas perfectamente las atribuciones de Pedrarias con respecto a Balboa que se encontraba bien asentado y gozando de la adhesión de las gentes.

Continúa el autor describiendo los sufrimientos y tensiones en aquel mundo lejano cuando, en noviembre de 1516, Balboa emprende camino desde el Darién a Acla, en la costa del Caribe, llevando consigo 360 españoles y miles de nativos para construir barcos para organizar expediciones hacia el Mar del Sur, hacia las zonas ricas en oro que el Adelantado dijo a Pedrarias que existían por haberlo escuchado a los indígenas. Sigue el texto de Correa narrando una aventura increíble si no estuviese avalada por los historiadores que sobre ello hablan, especialmente por la historiadora Aram Bethany, quien nos dice, que “*una vez cortados los troncos, los españoles de Acla prepararon las piezas que luego los nativos tendrían que transportar a hombros unas 24-25 leguas (123-137,5 kilómetros) a través de terrenos montañosos hasta el río de las Balsas, que desemboca en el Pacífico, sufriendo inenarrables penalidades y una alta mortalidad por el camino*”. Y según Las Casas y Oviedo, la empresa pudo suponer la muerte de más de 500 nativos. Y cuenta la enorme

contrariedad que sufrió esa expedición pues al llegar al río de Las Balsas la mayoría de los troncos estaban carcomidos por los gusanos, por lo que tuvieron que cortar más madera que, en esta ocasión, fue arrastrada por la crecida del río. Prosigue el autor su impresionante relato, diciéndonos que consiguieron finalmente construir barcos en los que navegaron varias jornadas hasta la Isla de las Flores en el pacífico. Y que por las adversidades sufridas, la empresa capitaneada por Balboa tuvo importantes retrasos que inquietaron a Pedrarias que veía que podía frustrar al rey que había puesto en sus manos una empresa muy costosa sin resultados por el momento.

Y el texto de Correa muestra las noticias positivas que llegaban y estimulaban a la Corte, estas noticias desdibujaban las dudas sobre la deslealtad de Balboa y daban entrada al reconocimiento de sus méritos, expresado con el nombramiento de Adelantado y Gobernador -que el rey hizo a Balboa- de un espacio de “tierra firme”. La falta de delimitación territorial de ese espacio iba a ser motivo de continuos conflictos de competencia, aunque Pedrarias tuviese mayor jurisdicción. El autor dice que, ante esta situación, Balboa dirige una carta al rey, año 1515, pidiéndole que envíe una persona capaz para informarle sobre lo que allí ocurre *antes de que todo se pierda*, y le expresa el juicio negativo que le merece la gobernación de Pedrarias que con su actitud había desatado la hostilidad de los nativos que antes estaban amistosos, y carga contra el gobernador al que considera muy mayor para la tarea de gobernar aquellas tierras, aunque reconoce que es una persona honrada.

En el texto de esa carta continúa Balboa denunciando las atrocidades que se estaban cometiendo con los indios que él trataba con consideración, y a veces se prestaba como uno más de ellos. También informa de las matanzas de indios durante la expedición que envió Pedrarias al mando de Juan de Ayora, donde murió Ponquiaco, el fiel confidente del jerezano. Y dice que Pedrarias enviaría otra expedición en busca de riquezas a las costas del Mar del Sur, capitaneada por Gaspar Morales, llevando como lugar teniente a Francisco Pizarro con ochenta soldados; en dicha expedición se le dio muerte al cacique Comogre, también cercano a Balboa. Asimismo, cuenta las atrocidades de otras expediciones como la de Morales.

Nos dice el autor que todos esos sucesos eran vistos con gran pesar por Balboa que contemplaba -sin poder hacer nada- cómo se iba destruyendo su obra de atraer a los indios a la amistad con una acción pacífica.

Correa piensa que todas estas expediciones -sin contar con Balboa- pretendían obtener una rápida riqueza de oro al mismo tiempo que marginar a Balboa y desdibujar su gloria, y con ese propósito tomó a gentes de Vasco

Núñez, entre ellos Diego Albítez, para que hicieran asentamiento para poblar el litoral de la Nueva Mar.

También nos alude a las noticias que le llegan al rey sobre el mal trato a los indios, y las desavenencias entre el Adelantado y Pedrarias, llegan a ser insistentes, por eso el monarca ordena a Balboa que obedezca a Pedrarias y, a éste, que dé al Adelantado libertad de gobernación; pero ante las continuas acusaciones que le llegan contra el jerezano, decide que a Balboa se le respete e investigue.

El autor entra en el estudio y análisis exhaustivo de los hechos que van acaeciendo, los interpreta de manera tan acertada que difícilmente pueden ser rebatidos, y dice que mientras más cerca observa las tensiones entre el descubridor y el gobernador, ve que aumenta la complejidad de las disensiones, y que con ese panorama la colonia se había convertido en un nido de desavenencias desde que Pedrarias llegó.

Y el texto da entrada a un nuevo personaje, el obispo Quevedo, que tendría que dar su venia a cualquier sentencia. También nos muestra la presencia de otro personaje, Gaspar de Espinosa -alcalde mayor de la Castilla del Oro al que el rey manda que se incorpore al proceso para hacer mejor justicia. Un nombramiento que no será del agrado de Pedrarias que emitió una abierta censura contra Gaspar de Espinosa por ser proclive a Balboa y por los rumores de que había consentido matanzas de indios.

Feliciano Correa considera que la muerte de Fernando el Católico (23-1-1516) será nefasta para los intereses de Balboa porque, ausente el príncipe Carlos, asume el poder de regente el cardenal Cisneros, quien ante el cúmulo de excesos descritos por el dominico Bartolomé de Las Casas, decide enviar a los frailes jerónimos para que le informasen. Y estos religiosos, sin otras averiguaciones, y en conversación con el obispo Quevedo, deciden dar por buena la gobernación de Pedrarias, y se ofrecen como intermediarios para logra la paz entre el propio obispo, Pedrarias y Balboa. Pero se decidió que los jerónimos regresasen a España. También el viaje a España del obispo Quevedo, dejó vía libre a Pedrarias para actuar en contra de Balboa.

Pero Correa añade una nueva interpretación de todo aquel conflicto, considerándolo en su clave económica, teniendo en cuenta la inversión realizada por la Corona en la expedición de Pedrarias (40.000 ducados) creyendo que las riquezas de Castilla del Oro la compensarían. El autor dice que todo ese proyecto resultó un desastre económico y, por ello, Pedrarias buscó un culpable en Balboa, acusándolo de deslealtad y del delito de achicar las posibilida-

des de enriquecimiento de la Corona. Finalmente, el gobernador se convenció de que debía iniciar un juicio de residencia contra Balboa, apoyándose en mandato del rey.

Correa sigue con el análisis de la situación, mostrándonos los errores y saña de Pedrarias, y estudia en profundidad su equivocado proceder contra Balboa, y llega a distinguir en el gobernador algunos rasgos mezquinos y hasta contradictorios.

El texto de Correa nos muestra el esfuerzo del obispo Juan de Quevedo -por recomponer las relaciones de Pedrarias con Balboa- que no sólo logró el perdón del Adelantado sino que quiso sellar el fin de las desavenencias uniéndolo en matrimonio a Balboa con la hija de Pedrarias, María de Peñalosa (que se encontraba en un convento de España). Un matrimonio que se celebró con el obispo de testigo y que dio un respiro a Balboa.

El autor nos describe **la última aventura de Balboa**, y nos dice que -tras la ceremonia matrimonial- regresó a Acla y, una vez más, dejó patente su capacidad de organización en su intento de crear la Compañía del Mar del Sur (que su muerte truncó) contando con la solvencia de varios accionistas, alguno de ellos llegó a realizar un desembolso dinerario. Especifica que Balboa no improvisaba, lo tenía todo diseñado, como también lo afirman otros historiadores que lo vieron como una anticipación a los tiempos.

En el libro se destaca la suficiencia de Balboa como estrategia en la nueva expedición (verano de 1517) que le va a confiar su suegro, a la vista de cómo prosperaba Acla donde al jerezano no le importaba trabajar -si era necesario- como uno más en su construcción e iniciación agrícola. Y continúa el relato mostrándonos los preparativos de aquella expedición que contaba con 200 españoles además de un gran número de esclavos africanos para trasportar las maderas (de buena calidad y resistentes a la carcoma) desde Acla hasta el río de Las Balsas en el Pacífico donde se construiría la flota que exploraría el entorno del golfo de San Miguel (donde Balboa vio el Nuevo Mar) y llegaría hasta el archipiélago de las Perlas.

Asistimos así a aun relato emocionante de esta travesía dificultosa donde murieron muchas personas, un encargo con enormes dificultades, porque en esta ocasión a Balboa le habían dado -como plazo de ejecución- un año y medio para cumplir el proyecto, lo que significaba introducir un factor más de agobio. Concluye el relato de esta nueva hazaña, diciendo: que hoy parece imposible que pudieran trasportar -por sendas intransitable- aquella enorme cantidad de materiales hasta el río de Las Balsas en el Pacífico.

Correa nos presenta con todo detalle el desarrollo de la desgraciada iniciativa que Balboa toma cuando ve la falta de material menor que tenían (herramientas, sogas..) para la construcción de los barcos. Y nos dice que envía a por ese material a Andrés de Valderrábanos con otros hombres entre los que se encontraban Luis Botello, Andrés Garavito, Hernán Núñez y el archidiácono Pérez, con la misión añadida de indagar por la noche, sin ser vistos, e investigar si seguía Pedrarias de gobernador, y conocer la situación general, pues corrían insistente rumores de que Pedrarias podría haber sido relevado del cargo de Gobernador. Sigue el autor contando que estos hombres fueron descubiertos y apresados, y que Pedrarias lo interpreta como un acto de traición. El gobernador retiene a los hombres mientras envía una carta a Balboa para que se presente ante él. Y prosiguen los hechos viendo que Balboa -obediente, y ajeno al suceso- se dirige a Acla y, a unas leguas antes de llegar, es detenido por un pelotón de hombres que mandaba Pizarro y es conducido a Acla.

EL PROCESAMIENTO

Comienza Correa narrando la secuencia de este trance, diciéndonos que vamos a asistir a un final injusto, perpetrado contra quien tanto regaló a la Corona. Y, a continuación, reproduce párrafos de la crónica de Pedro Mártir de Anglería que registra las instantáneas que conducen al desenlace tan escaso de consideración con la trayectoria del jerezano:

“El Rey había nombrado adelantado a Vasco: él no pudo sufrir mucho tiempo el mando de Pedro Arias. Estuvieron en desacuerdo; lo pusieron todo en confusión: intervino el católico obispo Juan de Cabedo predicador de la Orden franciscana; Pedro Arias prometió a Vasco su hija para esposa. No se encontró modo de que se avinieran los jefe; tornáronse mucho más agrias las discusiones, y la cosa llegó al extremo que, encontrando Pedro Arias pretexto contra Vasco, haciéndole formar un proceso por los jueces de la ciudad, le mandó cortar la cabeza” .

En el proceso, nos cuenta el autor, se acusó a Balboa de haber instigado a trescientos soldados para que se apartaran de la obediencia y soberbia del gobernador, y se fueran a donde pudieran vivir libres y señores. Sin embargo, nos dice, citando a un personaje nada sospechoso como el padre Las Casas, la inocencia de Balboa se prueba cuando de buena fe y sin reservas acudió a Acla a la llamada de Pedrarias.

Correa dice que en la relación de acusadores se encontraba Andrés de Garavito, camarada de Balboa. Cuenta que las desavenencias entre ellos

comienzan cuando Garavito pretende los favores de la hija del cacique, que vivía con Balboa, y que la presión sobre esa princesa ocasionó que la mujer lo refiriera al jerezano, que se disgustó. Piensa Correa que el hecho de que el apuesto Vasco Núñez tuviera la fortuna de gozar de aquella nativa estimularía a Garavito a actuar como testigo de cargo contra el conquistador.

Y sobre la acusación, referente a que Balboa actuó *contra los mandamientos de sus Altezas*, el autor nos dice que ese “tic acusatorio” era un lugar común que se empleaba como comodín para condenar, y fue empleado contra Vasco Núñez. Pero también el autor entrevé en el proceso una acusación por perjuicios económicos, por mala fe, que se aprecia al decir Pedrarias que Balboa no le aconsejó bien de los lugares más provechosos y sí de los lugares que no eran convenientes para poblar. Asimismo, acusó al extremeño de crímenes contra los indígenas, una cuestión ésta que el autor la considera un despropósito, habida cuenta del comportamiento de los capitanes de Pedrarias que esquilmaron a la población india, en contraposición con la comprensión y benevolencia mostrada por Balboa en su trato con los nativos.

Nos dice Correa que otras opiniones pretéritas pesaron en la decisión de Pedrarias, como el proceder contra Diego de Nicuesa, contra Fernández de Enciso y contra Alonso de Ojeda, también se le acusó de dejar morir de hambre al veedor Alonso Pérez, con posterioridad se supo que aquello fue falso. Pero el autor afirma que sin duda la causa que impulsó a Pedrarias al procesamiento fue lo que él consideró una rebelión para derrocarlo. Continúa haciéndonos ver que Balboa estaba condenado de antemano, por ello dice que cuando el alcalde mayor inquirió al gobernador sobre la conveniencia de trasladar la decisión final del caso al Consejo Real o a la Corona, habida cuenta de que se trataba de una persona que ostentaba el nombramiento de Adelantado, Pedrarias se negó “*E porque conviene al servicio de Sus Altezas que semejantes delitos, crímenes e excesos en estos sus reynos cometidos e perpetrados sean punidos e castigados con toda brevedad sin dilación alguna*”

Correa muestra en su texto su disconformidad con todo aquel proceso donde la principal acusación que registró el escribano Antón Cuadrado, el 12 de enero del año 1519, fue la supuesta rebelión contra Pedrarias. Y cree que, en rigor, tal rebelión no existió, pues la intención de Balboa fue la discreta averiguación sobre la continuidad de Pedrarias como gobernador. Las demás acusaciones en detrimento de Nicuesa, Enciso y Ojeda, no tenían refrendo legal y eran solo pretextos para enjuiciarlo.

Del análisis y estudio de los documentos y crónicas que hablan del proceso, y atendiendo a la trayectoria de Balboa (que acudió rápido a la llamada de

Pedrarias), el autor llega a rotundas conclusiones al afirmar que la muerte de Balboa fue fruto de una conspiración zafia, bien trazada por Pedrarias que llevaba el agravio por dentro por soberbio y desconocía la indulgencia para tan escasas faltas.

El libro recoge las emotivas narraciones sobre la muerte de Balboa sacadas de la Declaración sobre el proceso y la ejecución de la sentencia, 12 de enero de 1519, junto con Andrés Valderrábano, Botello, Hernán Muñoz y Argüello, con los que Pedrarias no tuvo piedad por haber sido fieles a Balboa. Y nos dice que solo se libraron de la muerte Andrés de Garavito y Rodrigo Pérez por su condición de clérigo. E incluye los relatos de los cronistas que narraron la muerte por decapitación de Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros. De entre todos esos relatos, se queda, como botón de ese amplio muestrario, con el testimonio del cronista Antonio de Herrera cuando afirma, *“esta pérdida fue muy sentida, por ser Vasco Núñez Capitán prudente, animoso y liberal y que eternamente será estimado por uno de los capitanes más memorables de las Indias. Era hidalgo natural de Jerez y que aunque en su mocedad había traído vida libre, con la edad y con las ocasiones de grandes cosas fue excelente varón, cuya desdicha consistió en la muerte del Rey Católico y del Cardenal fray Francisco Jiménez que habían conocido su valor y lo estimaban y lo llevaran adelante”*.

El autor finaliza el capítulo de la ejecución del descubridor de Mar del Sur, con reflexiones dignas de encomio, de entre ellas, una nos dice “sin pensarlo ni de lejos, Pedro Arias Dávila había encaramado a Vasco Núñez de Balboa desde el patíbulo a la inmortalidad”.

Tras el capítulo de la muerte del conquistador, el autor nos introduce en el epígrafe **“Un hidalgo de Castilla entra en la Historia”** donde descubre el cortinón interesado de silencio sobre la ejecución. Un silencio contenido en los memoriales de quienes acompañaron al jerezano en las acciones por Acla en los años 1518 y 1519, donde cuentan los “méritos y servicios”, pero no hablan de la ejecución porque clamar contra la injusticia de la muerte de Balboa suponía enfrentarse a la versión oficial. Sólo Gonzalo Núñez de Balboa se atrevió a invocar la injusta muerte de su hermano, cuando dice que Pedrarias *“hizo degollar al dicho Adelantado Vasco Núñez su hermano, de invidia injustamente sin tener culpa alguna”*. Pero dicha petición fue trasladada a Pedrarias, su ejecutor.

El libro se adentra en la parte que el autor llama **“Los derechos humanos en las nuevas tierras en la época del descubridor del Pacífico”**. Correa trata de forma científica sus conclusiones sobre distintos epígrafe que, de algún modo,

se entrevieron al comienzo de este resumen. Habla sobre “El Evangelio y la Riqueza”, y sobre “Los indígenas y sus derechos, a la luz de la religión y de las leyes”.

El estudio que Correa realiza sobre el dominico Bartolomé de las Casas, es un trabajo juicioso y prudente y, aunque mucha tinta se ha vertido sobre el fraile, es muy de tener en cuenta la valoración del autor sobre las teorías de fray Bartolomé de las Casas. El libro repasa la vida de este dominico que nació en Sevilla 1484, y cuyo sacerdocio no afectó en nada a sus inquietudes, mitad militares y mitad comerciales. Correa nos muestra la vida del fraile donde convergen etapas muy dispares, la de buscador de la aventura americana con tintes militares, la de mercantilista, la de su silencio frente a la esclavitud de los negros que se traían de África, y la correspondiente a su fuerte conversión religiosa. Y cuenta la vida del dominico desde que viajó a las Indias en 1502, volvió a España en 1506 y fue ordenado sacerdote en 1507, y hacia el 1514 se tiene fechada una especie de primera conversión hacia la religiosidad más pura. Y con su incansable pluma se lanza a publicar en Valencia la **Brevísima relación de la destrucción de las Indias**, que el autor califica de arma arrojadiza pues no pocos gobernantes europeos ven con animadversión el logro americano de los españoles. También nos dice que a pesar de la estima humana que despierta el personaje Las Casas, ya converso, va a ser víctima de su pasado, porque a ese pasado, que él mismo repugnará, se suman las mentiras y exageraciones monstruosas que él vierte sobre los españoles.

En este sentido, la visión de Correa, siendo crítica, no es tan radical como la de algunos historiadores que él cita, como la de Ramón Menéndez Pidal que sobre Las Casas llegó a decir “*Las Casas es un enfermo mental, un paranoico que falsea la historia*”; también cita al catedrático Juan Pérez de Tudela que es más indulgente en su análisis, pues, reconociendo la fijeza en el tema, también reconoce en el fraile esa especie de caballerosidad hidalga en la apuesta por los débiles. La visión de otros, historiadores, no citados en el libro, se ajusta más al enfoque del autor sobre el proceder del fraile, como la del militar e historiador Miguel Alonso Baquer, que dice “*Las Casas vivió toda su larga vida obsesionado por imponer una configuración del Nuevo Mundo que estuviera conforme con sus propias ideas. Se trata de un personaje que nunca fue imparcial y ante el que resulta muy difícil serlo*”.

No podía faltar en este libro una amplia referencia a la promulgación de las **Leyes Nuevas**, unas leyes modélicas que se ocuparon de que se diera buen trato a los indios, pero cuyas expectativas pronto se vieron defraudadas a

pesar que se nombró a Las Casas obispo de Chiapas para que velase por el cumplimiento de esa ley.

Pero, también, el libro nos muestra que, ni mucho menos, todo lo que los españoles encontraron en América fue idílico como pretende inútilmente hacernos ver la corriente tendente a resaltar los abusos denunciados por Las Casas, y que oculta lo bueno de la acción civilizadora de los españoles. En este sentido, las tesis del autor se une a la del historiador Richard Konezke que describe el escenario americano prehispánico con muy poca complacencia: *“los descubridores y colonizadores europeos tropezaron en todas partes con contradicciones, rivalidades y luchas entre tribus diferentes”* de modo que *“la guerra constituía la ocupación fundamental de muchas tribus aborígenes y los conflictos se dirimían de la manera más cruel, en ocasiones hasta el exterminio de una tribu enemiga”*.

EL PACÍFICO, MUCHO MÁS QUE UN OCÉANO

También en el libro se analizan las consecuencias que para la humanidad tuvo aquel descubrimiento. Señala el autor *“este libro tiene sentido y se justifica por la figura de Balboa, pero Balboa nada sería sin el Mar del Sur, luego conocido como el Océano Pacífico, esa inmensidad de agua salada que se denominó por otras potencias internacionales como el Lago Español”*. Y Correa realiza un recorrido por ese inmenso mar mostrándonos el aislamiento de los pobladores de la tierra antes de su descubrimiento, hasta glosar la construcción del Canal de Panamá y su papel principal en la globalización, porque desde entonces en la navegación se brindan rutas de futuro. Y Correa alumbró conceptos y frases determinantes para describir la importancia y trascendencia del descubrimiento protagonizado por el jerezano, cuando nos dice *“Con Balboa, sin él saberlo en toda su grandeza, se inicia una modernidad, tal vez sería más propio decir la modernidad, esto es, una visión estrenada para fletar un concepto inédito, un pensamiento imparables que aparece en el horizonte de la mente de esa nueva interpretación del mundo”*.

Finalmente, el autor desarrolla diferentes epígrafes de la historia de la humanidad en relación con el Mar, y especialmente con el Pacífico, expuestos de manera brillante y provechosa para el lector, que constituyen una selección de los hechos más importantes de la relación del hombre con el Océano Pacífico y todos los beneficios que de ello se han derivado, estos son los epígrafes que desarrolla el autor: La curiosidad por el mar. El Pacífico de Balboa, mucho más que un océano. Tras el descubrimiento del Pacífico: un mar de posibilidades. Lo

que la naturaleza no regala lo alcanza el esfuerzo humano. De la búsqueda de un paso natural hacia el Pacífico a la realización del Canal de Panamá. Ese afán por dominar el Océano Pacífico. De cómo el Pacífico ha influido en la globalización.

A modo de síntesis, el autor nos resume los momentos trascendentales que inmortalizaron a Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Mar del Sur. También nos refiere la difusión de su nombre por todo el mundo, y especialmente en Panamá cuya moneda adopta el nombre de Balboa.

CONCLUSIÓN Y VALORACIÓN

Esta obra del académico Correa la consideramos de excepcional importancia, un trabajo que penetra en uno de los hechos más trascendentales de la historia de la humanidad, el descubrimiento y conquista del Océano Pacífico. Por extremeños y españoles, este acontecimiento nos alcanza y nos hace sentir el orgullo de pertenencia a este pueblo. El libro *Balboa* nos da motivos para vanagloriarnos de esta tierra extremeña tan mal tratada a través de los siglos a pesar de ser la cuna de grandes héroes, casi mitológicos, de la conquista de América. Estos titanes salieron de Extremadura, la tierra donde tuvieron su principal asiento las aguerridas órdenes militares, la tierra de los sufridos trashumantes, de cuyo barro se modelaron hombres capaces de asombrar al mundo por sus gestas. Y que junto a la espada también dio pensadores y hombres de pluma que fueron luz del liberalismo español.

El texto presenta de forma extraordinaria la personalidad del hombre de la conquista. Y, al mostrarnos a Balboa, de algún modo también muestra la generación de conquistadores que surgió a la vida en el último cuarto del siglo XV, cerrándose su destino histórico hacia la mitad de los quinientos: *“tanta tierra como llevo dicho -escribe Gómara al concluir su crónica en 1551- han descubierta, andado y convertido nuestros españoles en sesenta años de conquista”*.

El libro no es solo una nueva biografía enriquecida con datos inéditos que se presenta con motivo del V centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico, porque en su texto no sólo se analiza aquella gesta de alcance universal, sino que nos muestra las consecuencias que ello tuvo para el mundo. Este hecho histórico ha sido planteado desde la novedosa óptica del incipientemente Renacimiento ligado íntimamente al devenir histórico-político de la monarquía de los Reyes Católicos, cuyas figuras son las primeras en salir de los planteamientos medievales que fijaban un esquema feudal de monarquía débil sobre nobleza poderosa y levantisca. Y en el libro de Correa se nos muestra ese

Renacimiento -enmarcado en un escenario hispano americano - que impregna el espíritu del héroe de la gesta con la fascinación de descubrir lo oculto en un afán que traspasa la propia sed de oro, y cuyo anhelo fue transmitir civilización, humanismo cristiano y grandeza imperial.

La reseña del periódico *Hoy*, 14-9-2014, de Luciano Pérez de Acevedo y Amo (abogado y expresidente de la diputación de Badajoz), “Más que la apasionante aventura de Balboa”, nos dice “*El libro es algo más, mucho más, que la apasionante aventura del conquistador extremeño Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur hace 500 años, porque la gesta, que se eleva por la fuerza de los acontecimientos, a uno de los hitos más importantes del mundo hasta entonces conocido, junto con la propia aventura del descubrimiento de América por Cristóbal Colón y el viaje alrededor del globo terráqueo de Magallanes-El Cano tiene la virtud, por sí sola, de clausurar esa época oscura, estática de pensamiento único que fue el Medioevo, y abrir la puerta a la modernidad, a través del Renacimiento*” Nos dice Pérez de Acevedo -en su reseña- que, en el libro, aquella gesta está presentada en un plano que se aleja de la influencia de la herencia medieval en la conquista y en la historia americana planteada por Antonio Tovar. Y continúa Pérez de Acevedo diciendo “*Feliciano Correa, con su impecable estilo literario, ha vertido y fundido en esta obra el extraordinario caudal de erudición y conocimientos de que es poseedor en materia de Historia de España, Europa y América, filosofía, religión, pensamiento político e ideológico referidos a la época en que tiene lugar la epopeya del jerezano Vasco Núñez, su paisano, hasta el punto de que estamos seguros de que la obra va a convertirse en el libro de referencia del 500 aniversario del descubrimiento del Océano Pacífico, en España, en Panamá y en toda la América española y en el mundo; un motivo de orgullo para los extremeños y españoles que celebramos las proezas de nuestros antepasados*”

El eco del libro de don Feliciano Correa Gamero ha traspasado fronteras y se lee como la mayor aportación que nunca se hizo a la historia de Vasco Núñez de Balboa. Así lo manifiesta el Presidente de la Casa de España en San Antonio de California, EE UU, Jesús Benayas, en una carta del 27-7-2014 dirigida a Feliciano Correa “*Es una obra ¡extraordinaria! seguramente lo mejor que se ha escrito sobre el personaje. Creo que has hecho gran justicia a tu paisano y a España usando la documentación histórica más solvente y dando tus opiniones y tus certeras conclusiones*”. Sugiere su publicación en inglés.

También, desde EE UU, ha sido trasladado a Wikipedia (una enciclopedia libre y colaboracionista) un estudio del libro del doctor Correa, que queda como referencia principal para consulta sobre el héroe jerezano, lo que conlleva un reconocimiento y difusión de gran calado tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

El 13/9/2014, en una publicación de PANAMÁ AMERICA se anuncia la participación de Feliciano Correa, junto a otras personalidades, en la magna asamblea sobre Balboa que se celebraría -del 22 al 26 de septiembre de 2014- en la escuela de posgrado de la Universidad de Santa María la Antigua.

El día 25 de septiembre se ofreció una cena homenaje al autor de la obra para honrarlo por su enorme esfuerzo realizado, como se dijo, “Por su contribución a la difusión del V Centenario del descubrimiento del Pacífico en España y Panamá, y por dar a conocer el valor de la figura singular de Vasco Núñez de Balboa”. A dicho acto asistió la Primera Dama y Presidente de dicha Comisión, el ex-presidente de Panamá Arístides Royo, la Gobernadora de Panamá y otras personalidades, plasmadas en la foto adjunta. La noticia de este acto fue recogida en el diario ABC del día 20 de octubre de 2014, en los siguientes términos:



Foto de familia tomada durante el homenaje realizado al escritor Feliciano Correa

ABC

Homenaje en Panamá al escritor Feliciano Correa

Por la labor difusora y de investigación llevada a cabo en España y Panamá por el doctor Feliciano Correa, en los actos conmemorativos de los 500 años del descubrimiento del Océano Pacífico, acaba de tributársele un homenaje que ha estado presidido por quien fue la presidenta de esa Comisión y primera dama de Panamá, Marta Linares de Martinelli; y al que también acudió el expresidente panameño Aristides Royo; la anterior Gobernadora de Panamá, Mayín Correa Delgado, y otras personalidades para la celebración de este hecho histórico; entre otros, Francisco Linares Brin, Alexis A. Pineda, Reinier R. Ferguson, Pilar Moncada, Ricardo González de Mena, Ricardo Gago, Bobby Brin, Adolfo Paredes, Jorge Enrique Díaz, Maxi Delgado... Todos pusieron de manifiesto el trabajo de Correa como conferenciante, escritor y promotor de encuentros internacionales. Allí mismo se presentó a los asistentes la obra del homenajeado titulada «Balboa».

Es importante resaltar la valoración que sobre el libro emite un personaje de la talla del español don Pedro Martínez Cutillas, un polifacético hombre situado entre el mundo de las grandes empresas y el mundo de la cultura. Tiene en su haber numerosos premios nacionales e internacionales de diferentes Cámaras de Comercio, tanto en España como en Estados Unidos y en varias naciones hispano americanas. Condecorado por la República de Panamá con la Orden Vasco Núñez de Balboa, y nombrado “Doctor Honoris Causa” por la Universidad de Panamá. Autor de importantes obras sobre Panamá, Balboa, Veragua. Su libro, *Panamá Colonial*, constituye un referente en el estudio de la historia de Panamá. Pues bien, don Pedro Martínez Cutillas envía a Correa una carta donde expresa su admiración por el libro *Balboa. La fantástica historia de un hidalgo español*: *Se trata de una obra espléndida en todas sus di-*

mensiones, y después de elogiar la calidad de la edición, continúa, *el tema no puede ser más interesante, nada menos que Vasco Núñez de Balboa, uno de los personajes más emblemáticos de la historia universal y especialmente de todos los nativos y descendientes del viejo tronco hispano, el contenido, fruto de una profunda investigación con importantes aportes a la biografía del personaje, nos acercan ahora, más que nunca, a la persona del hidalgo jerezano cuya gallardía, tantos autores han destacado a lo largo de los últimos quinientos años, pero como bien dice Don Fernando Jesús Manzano, presidente del Parlamento de Extremadura, su laborioso trabajo de investi-*

gación demuestra que Balboa no coincide con el arquetipo de los conquistadores de Indias, sino, todo lo contrario, como un ser humano con sus virtudes, defectos y errores, cobra vida en su esplendoroso relato donde la realidad supera la ficción.

Consciente de que su obra es fruto de un intenso y laborioso trabajo de investigación en la que aporta valiosos elementos inéditos que enriquecen no solo la biografía del hidalgo extremeño sino la historia universal, comparto la alegría del éxito obtenido, al mismo tiempo que le agradezco en nombre propio y de todos los amantes de este género literario que sin duda enriquece y dignifica la singularidad de nuestro país.